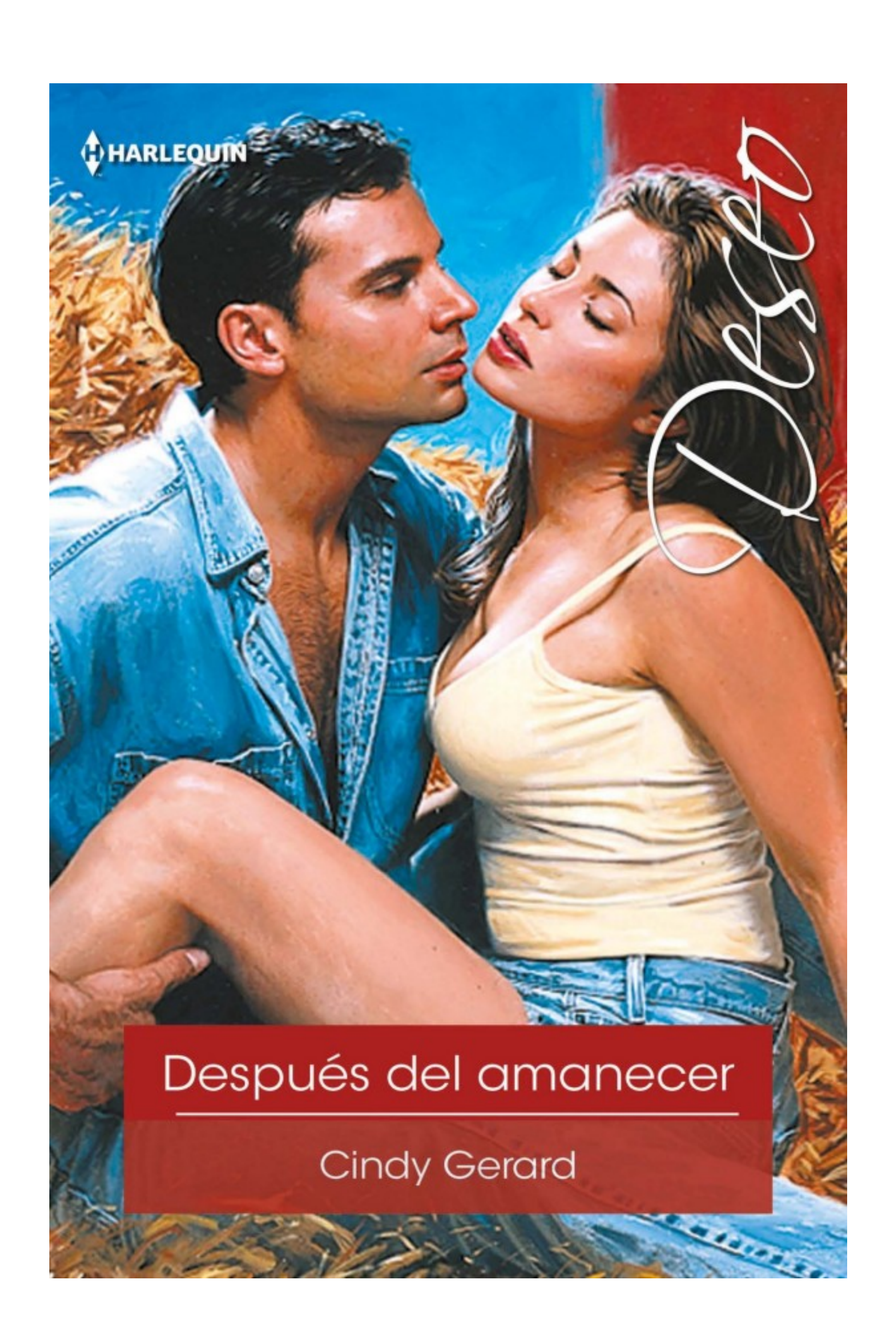

HARLEQUIN
Deseo
Después del amanecer
Cindy Gerard



Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

Después del amanecer, n.º 5482 - enero 2017
Título original: Between Midnight and Morning
Publicada originalmente por Silhouette® Books.
Publicada en español en 2005

I.S.B.N.: 978-84-687-9347-4

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Capítulo Uno

Debería meterse en faena junto a ella.

Sabía que eso sería lo más correcto, pero resultaba mucho más divertido observar cómo la veterinaria intentaba derribar al becerro de piel moteada.

Sí, tendría que ayudarla porque estaba perdiendo, pero recordó que ella le había pedido que se mantuviera al margen y la visión del bonito trasero de Alison Samuels, desde su posición, era todo un espectáculo.

Un espectáculo fabuloso.

John Tyler se puso cómodo y apoyó la bota en el último tablón de la valla. Cruzó los brazos sobre el madero superior, dispuesto a disfrutar de la escena… que valía la pena.

Esbozó una sonrisa.

Demonios, la doctora era realmente menuda, pero también era una preciosidad con su larga melena del color de la miel recogida en una cola de caballo.

Por la mañana, cuando había contestado a su llamada, había proyectado una imagen impecable, muy profesional.

Ahora no presentaba el mismo aspecto.

Estaba hecha un desastre.

Además del sus mejillas, sonrosadas a causa del esfuerzo, y los mechones de pelo dorado que enmarcaban su rostro de cualquier manera, presentaba esa imagen descuidada que hacía que un hombre pensara en sábanas húmedas, jadeos seductores y todo un abanico de placeres que podían surgir entre la medianoche y la mañana.

Se incorporó, se aclaró la garganta y se ajustó el sombrero para que el sol no lo cegara. Y luego se conminó a desterrar de su cabeza la idea de su cuerpo entrelazado con la desnuda figura de Alison Samuels.

Por qué una mujer de ciudad querría trasladarse desde Kansas City hasta Sundown, en Montana, y hacerse cargo de la clínica

veterinaria del viejo doctor Sebring.

La razón por la que aquella mujer en particular, que parecía más propensa a los cócteles y los vestidos de gala que a pelearse con el ganado, hubiera decidido establecerse en un lugar al norte de ninguna parte era un auténtico misterio.

Resultaba tan intrigante como sus vaqueros ajustados, que se tensaban en las costuras mientras se agachaba, clavaba los tacones de las botas en la tierra e intentaba que el animal se rindiese.

Algo que no iba a ocurrir si persistía en esa técnica.

De hecho saltaba a la vista que, a lo largo de su experiencia profesional, lo más grande a lo que se había enfrentado habría sido, probablemente, un gato enfadado e inflado como una bola de pelo.

El becerro, que pesaría cerca de ciento cincuenta libras, lanzó un bramido, cabeceó y golpeó a la doctora debajo de la barbilla.

John se estremeció y meneó la cabeza.

¡Diablos!

Eso debía de haberle dolido.

Él había recibido esa clase de golpes y estaba seguro de que la Doctora Bombón estaría al borde de la náusea y viendo las estrellas, pero la vio apretar los dientes y se aferró como un aspirante al cinturón de campeón en un concurso.

Estaba claro que no le faltaba coraje, pero su mirada reflejaba el intenso dolor y, cuando leyó sus ojos, maldijo entre dientes y decidió que no estaba dispuesto a que ese combate se prolongase por más tiempo.

Saltó por encima de la cerca, sujetó al becerro con una llave y lo tumbó sobre un costado.

–No le he pedido que me ayudase –gruñó la doctora, sin aliento, mientras quitaba la capucha de plástico de la jeringuilla con los dientes e inyectaba el antibiótico en el cuello del inquieto animal.

–Y estaba claro que no necesitaba mi ayuda –John le devolvió una sonrisa amable mientras soltaba al becerro–. Pero no soportaba la idea de que disfrutara usted sola de toda la diversión.

Se levantó y se sacudió la mugre de los pantalones. Unos ojos de un azul plata, que le hicieron pensar en princesas y porcelana, se clavaron en él a través de la espesa cortina de polvo mientras la cría berreaba y corría junto a su ansiosa madre.

El fulgor en la mirada de la doctora reflejaba un principio de

ofensa. Pero, finalmente, sacudió la cabeza y perfiló una sonrisa de hastío.

–Bueno… nada más lejos de mi intención que estropearle la diversión a un crío –replicó mientras tapaba nuevamente la jeringuilla, guardaba el instrumental en su bolsa y ofrecía una tenue sonrisa, algo cansada, de aprecio–. Gracias.

Quizás fuera el hecho de que le hubiera llamado «crío». Quizás fuera la valentía que había demostrado después de que el becerro le hubiera asestado un tremendo golpe con la testuz.

O puede que se debiera al simple placer de verla sonreír, incluso aunque hubiera sido apenas un esbozo

John perdía la cabeza ante la sonrisa de una mujer bonita y la doctora había conseguido que se decidiera a preguntarle algo que ya tenía decidido que no iba a volver a pedirle.

–¿Y si me lo agradece como es debido mientras cena conmigo esta noche?

Ella ni siquiera pestañeó mientras guardaba sus cosas y se dirigía hacia su furgoneta. Se lavó las manos en un cubo de agua jabonosa y se secó precipitadamente con una toalla. Después rebuscó en el compartimiento refrigerado del maletín que llevaba en la parte trasera de la furgoneta, encontró el frasco que buscaba y llenó dos jeringuillas con el antibiótico.

–Necesitará otra dosis mañana y una más, pasado mañana –dijo, tendiéndole la medicación–. Si no hay signos de mejoría a mediados de la semana próxima, avíseme.

John se guardó las dos jeringuillas en el bolsillo de la camisa.

–Está bien. Y… ¿qué hay de la cena?

Ajena a la pregunta, Ali guardó los suministros médicos, cerró el compartimiento y esquivó su figura camino de la cabina de su furgoneta.

–¡Que tenga un buen día, John! –dijo y se situó al volante.

John interceptó la puerta antes de que pudiera cerrarla, se colocó entre medias y sonrió.

–Es J.T. Mis amigos me llaman J.T.

–Tengo prisa –señaló Ali con cara de pocos amigos.

Demonios, aquella mujer era todo un carácter. El sudor corría por sus sienes y el polvo cubría sus mejillas. Los mechones húmedos de su pelo formaban tirabuzones que se pegaban a su piel por toda

la cara y el cuello.

¡Maldición! Y un cardenal azul rosáceo había empezado a formársele debajo del mentón.

Sí, incluso en ese estado era muy especial. Y valía la pena pese a que volviera a rechazarlo por sexta vez, si no llevaba mal la cuenta, desde que se estableciera en Sundown un mes atrás.

–Será mejor que se ponga un poco de hielo en ese golpe –sugirió y señaló su propia barbilla con el dedo índice.

–Será lo primero que haga cuando tenga tiempo.

Algo que no ocurriría nunca, si había interpretado correctamente su tono de voz.

–Espere un segundo. Traeré una bolsa con hielo.

–No tiene que hacerlo.

–Claro que sí –insistió John–. No se mueva.

A continuación, se encaminó hacia el cuarto de herramientas de las cuadras dejando a Ali con la frase a medio terminar.

En cuanto encontró una bolsa disponible en el congelador, regresó a la furgoneta. Los golpes y las torceduras estaban a la orden del día cuando se trabajaba en un rancho con ganado.

–Gracias –dijo Ali con evidente reticencia cuando le entregó la bolsa de hielo.

–Puede agradecérmelo viniendo a cenar conmigo. ¡Vaya! ¿Qué le parece? Creo que ya he vivido esta situación.

–¿A qué viene tanto empeño? –le espetó ella–. ¿Por qué insiste? Ya sabe la respuesta.

–Supongo que se trata de esa inclinación propia de los críos hacia la diversión.

–Yo pensaba que se trataba más bien de una inquebrantable terquedad.

John se agarró el lóbulo de la oreja y sonrió.

–Sí, eso también –asintió–. Soy testarudo como una mula cuando se trata de algo importante.

–¿Y tanto le importa que acepte su invitación para cenar juntos? ¿Por qué? No lo entiendo, de verdad.

–¡Por el amor de Dios, mujer! ¿Nunca te has mirado en un espejo?

Sus miradas se cruzaron apenas un instante mientras el sol caía sobre ellos como una nota interminable en un bajo. Rítmico,

plomizo y caliente.

–Todo esto es muy halagador –dijo Ali exhalando un largo suspiro–. Eres muy amable…

–Y muy guapo –añadió John, encantado al ver que esa pequeña locura había logrado arrancarle una breve sonrisa.

–Además de humilde –apuntó con un gesto de la cabeza Ali–. Pero no estoy…

–Interesada. Ya lo sé. De acuerdo… no pienses que se trata de una cita. Interprétalo como mejor te parezca. Piensa que se trata de una buena acción entre vecinos. Mira, tú eres soltera y yo, también. Tienes que comer y yo también. ¿Qué parte de la ecuación no te cuadra?

Ella giró la llave de arranque, sujetó el volante con fuerza y lo miró a los ojos con una determinación absoluta.

–No va a ocurrir –señaló y suspiró de nuevo–. Si decides ponerte en contacto con otro veterinario, lo entenderé.

John ignoró esa idea de inmediato y la miró de soslayo.

–¿Es por el tema de la edad? Porque si se trata…

–¡Déjalo ya! –exclamó Ali apoyando la frente en el volante con un gruñido–. La diferencia de edad no tiene nada que ver en esto.

–Ya entiendo –dijo.

John tenía treinta y dos años y ella había cumplido cuarenta. Una información que le debía a su amiga Peg Reno, que había hecho muy buenas migas con la doctora. No pensaba que eso fuera ningún problema. Pero ella, pese a su reacción, no pensaba lo mismo.

–Vamos, doctora –apuntó en tono seductor en contra de su voluntad–. Sólo se trata de una cena, por todos los santos. No estoy pidiéndote que te acuestes conmigo.

Ella arqueó una ceja y lo miró con una mirada de absoluto escepticismo.

Sí, bueno. Lo había cazado. Se llevó la mano al mentón. En realidad se trataba exactamente de eso.

Cuando sus miradas se cruzaron y permanecieron prendadas, observó algo en sus ojos que le atravesó el pecho como un balazo.

Durante un instante cargado de tensión emocional, totalmente inesperado, la acusación de sus ojos azules se transformó en conciencia de un ardiente deseo… y, enseguida, en pánico y

negación.

Si no hubiera estado atento se habría perdido ese desfile de sensaciones porque, un segundo más tarde, metió la marcha, arrancó a toda velocidad y desapareció por el camino de tierra, levantando una cortina de polvo de Montana que ascendió al paso de la furgoneta como un ciclón surgido de mismísimo infierno.

Y en ese instante, atento a la estampida de la doctora, finalmente lo comprendió.

–¡Será posible! –mascullό entre dientes y se dirigió hacia el establo.

Ella quería lo mismo que él, mucho más que una cena, pero la idea la aterraba.

Una idea que le daba pavor y que, inexplicablemente, la entristecía. Comprendió que también había leído eso en sus ojos mientras abría la puerta del cuarto de las herramientas.

Esa mujer era un cúmulo de contradicciones y complicaciones… y eso remitía a una pregunta obvia. ¿Por qué se molestaba?

Porque la doctora era una auténtica preciosidad. Esa era la razón.

Agarró la montura de Nevado, tiró de las riendas y se dirigió al establo. Alison Samuels era una mujer atractiva, inteligente y madura. Muy distinta de la mayoría de las mujeres que se le insinuaban y, seguramente, un volcán en la cama.

Y todo indicaba que no buscaría un compromiso emocional. Pensó que ese era otro punto a su favor mientras susurraba a su yegua que había llegado la hora de la comida.

Dejó a un lado los arreos del caballo y sacó un cepillo del bolsillo. Mientras cepillaba el lomo de la yegua evocó los ojos azules de Alison y pensó en las perezosas mañanas del día siguiente.

Unos ojos que siempre estaban alerta, distantes… una señal inequívoca de que respetaría su intimidad.

Y la intimidad cobraba cada día más importancia en su vida. Libraba una batalla diaria para mantenerse alejado del mal camino, alejándose del agujero negro que amenazaba con tragarse su vida.

La mayoría de los días salía victorioso. Pero algunos días… algunos días no tenía ánimo para la guerra.

En esos días no estaba para nadie.

Apenas era persona.

En el mejor de los casos ensillaba su yegua y cabalgaba sin rumbo para dejar atrás la oscuridad. Y en los peores momentos se encerraba en su habitación. Apagaba las luces, se refugiaba en las sombras y esperaba hasta que volvía a sentirse humano.

Aguardaba hasta que reunía las fuerzas necesarias para enfrentarse de nuevo al mundo y se sentía como el más miserable de los gusanos sobre la tierra porque carecía de control cuando la oscuridad lo cercaba.

Trastorno agudo postraumático.

Así lo habían definido los psiquiatras de la marina. El resultado de su experiencia en el campo de batalla.

Ya habían pasado dos años.

Había deseado hacerse soldado. Había querido marcar las diferencias en el frente, así que había falseado los informes de aptitud para que no lo relegasen a un despacho. Había alcanzado el frente, pero su equipo había consistido en un maletín quirúrgico en vez de un arma.

Había sido enviado al frente como médico y, desde entonces, había sufrido las secuelas de lo que había hecho y lo que había visto.

Sí, lo llamaban TAPT, pero él lo llamaba de otra manera: debilidad.

Su incapacidad para superarlo lo avergonzaba. Sentía tanta vergüenza que ocultaba el problema. Ocultaba su dolencia a sus amigos y a su familia. A veces, durante semanas, había logrado ocultárselo a él mismo.

Cualquiera que lo conociera diría exactamente lo mismo. ¿John Tyler? Fue un buen soldado. Nada afecta a J.T. Siempre está sonriendo. Siempre flirtea con las mujeres. Un hombre libre. Y pobre de la mujer que intente que alguna vez siente la cabeza.

Bueno, ninguna mujer tendría que preocuparse nunca por eso porque ninguna mujer tendría que soportar esa carga a largo plazo.

En el momento en que una mujer mostraba indicios de que quería algo más que una profunda relación física y un buen rato en la cama, desaparecía.

Si empezaban a contarle sus vidas querrían que él también se confesase con ellas y eso no ocurriría jamás.

Lo último que deseaba era una relación estable y la intimidad

emocional que implicaría.

Y esa idea lo condujo de nuevo a Alison.

Sospechaba que la doctora de rubia melena también tenía sus secretos. Era algo que había leído en sus ojos. Había algo en su pasado que ansiaba olvidar o que guardaba bajo llave.

Y no quería saberlo, igual que imaginaba que ella no querría enterarse de su secreto.

–¿Qué opinas, preciosa? –murmuró mientras acariciaba el cuello del alazán–. Creo que es exactamente lo que me ordenó el médico. Una mujer independiente que no busca un compromiso emocional ni desea analizarme.

La yegua permaneció en su sitio mientras colocaba sobre su espalda una manta.

–¿Podrías ser un poco más resuelta? –prosiguió y ensilló al caballo–. ¿No? Bien, supongo que tendré que guiarme por mi instinto.

Mientras sacaba del establo a Nevado a plena sol, su instinto le dijo que quizás necesitaba una pelea. Un reto que implicase una recompensa, más allá del simple alivio que suponía la superación de un nuevo día.

La doctora era, sin duda, un reto y una recompensa.

Montó la yegua y cabalgó hacia las verdes praderas en busca de un largo paseo, un paseo que le brindara suficientes alternativas para doblegar la oposición de la doctora y llevarla a su terreno.

Al menos, eso mantendría su mente ocupada y evitaría la negrura de sus más hondos pensamientos.

Capítulo Dos

–No lo sé.

Ali, reventada, se sentó en el peldaño superior de las escaleras de su porche, miró un segundo a Peg Reno, sentada a su lado, y luego clavó la mirada más allá de la calle tranquila hacia la cordillera que se alzaba en dirección oeste, donde un sol anaranjado se hundía irremisiblemente.

–A veces creo que éste ha sido el mayor error de mi vida.

En vez de enfrentarse a la mirada preocupada de Peg, Ali desvió su atención hacia el vaso de té helado que sostenía entre las manos.

A pesar de que su amistad era muy reciente, el lazo de unión que habían forjado en el último mes era sólido. Cuando Peg suspiró, Ali interpretó comprensión y apoyo y sus palabras confirmaron esa primera impresión.

–Creo que te enfrentas al clásico remordimiento del comprador. Y no me refiero a la clínica veterinaria de Doc Sebring.

–No estés muy segura de eso. Los gatos y las chinchillas no dejan marca –Ali se palpó con cautela el moratón que le había provocado esa tarde el ternero de John Tyler.

–Escucha –Peg estiró las piernas, se levantó, de los cinco escalones y fijó su mirada en los ojos de Ali–. Has tenido un día muy duro. Llevas un mes aquí y, desde el primer día, has luchado para integrarte en un entorno nuevo y hacerte con una clientela totalmente diferente, pero me da la impresión de que eso no es lo que te preocupa. Es la idea de que ya no estás en Kansas… y eso es lo que te ronda la cabeza.

Ali miró en dirección a una de las pocas calles que formaban el núcleo de Sundown, el pueblo de Montana que ahora llamaba hogar, salvo que no se sentía como en casa.

Peg estaba en lo cierto.

Ya no estaba en Kansas o, tal y como decían los lugareños, estaba a un buen trecho de Kansas City, donde habían transcurrido sus últimos años después de que se criara en Chicago.

Era una mujer de ciudad de pies a cabeza y Sundown, en fin, Sundown no era precisamente una ciudad.

Hundió una mano en su larga melena y sostuvo la mirada comprensiva de Peg. Con su larga cabellera castaña de pelo liso hasta la cintura, los ojos marrones teñidos de dulzura y una figura esbelta y exuberante, ceñida por unos vaqueros cortados y una camiseta roja, Peg podría haberse ganado la vida como modelo de lencería.

Y, sin embargo, allí estaba. Había crecido en Sundown. Había vivido y se había enamorado de su atractivo marido, Cutter Reno, en Sundown. Se ocupaba de su familia en Sundown y le gustaría morirse en Sundown.

–¿Cómo lo haces?

–¿Eso? Vaya, eso es una pregunta muy personal –bromeó Peg, y arqueó las cejas.

Ali encajó la réplica con una sonrisa. Si ella compartiese la cama con un hombre como Cutter Reno, sus pensamientos también se encauzarían en esa dirección. Pero ella no compartía su cama con nadie, no lo había hecho desde la muerte de David, cuatro años atrás y, pese a la insistencia de John Tyler, no pensaba hacerlo.

–Ya sabes a lo que me refiero, señorita Reno –le dijo a su amiga.

–Claro –admitió, sonriente, se metió los pulgares en los bolsillos traseros del vaquero y adoptó un tono más serio–. Sé a lo que te refieres. Y supongo que me habría costado adaptarme a la gran ciudad tanto como te está costando a ti acostumbrarte a este ritmo de vida. Tómate algo de tiempo. Te irá gustando. Sí, es tranquilo. Y sí, todo va más despacio. Pero también tiene algo de especial, ¿sabes? Exprimes la vida más a fondo. Y eso, a veces, es una buena receta.

Ali se quedó pensativa.

–Y ya que hablamos de cosas buenas, he oído que J.T. ha vuelto a llamarte esta mañana –añadió Peg–. ¿Son ya siete u ocho veces en este mes?

–Seis… ¿cómo te has enterado?

–Las noticias vuelan en un pueblo. Y bien… ¿ha vuelto a pedirte una cita?

Ali resopló antes de beber un poco más de té.

–¿Acaso una vaca tiene piel?

–¿Hace algún progreso? –preguntó, divertida.

–Peg. No empieces con este tema otra vez, ¿quieres? Ya lo hemos hablado. No me interesa John Tyler. Y si fuera así… es un crío.

Esa vez se escuchó una sonora carcajada a modo de respuesta.

–Está bien –concedió Ali–. No es un crío.

–De hecho, está hecho todo un hombre –añadió Peg con malicia.

–Es posible. Pero sigue siendo demasiado joven para mí.

–Eso significa que, si no lo fuera, ¿te sentirías tentada?

–¿Qué parte de la palabra no sigue sin quedaros clara? –bufó, exasperada–. No, no estaría interesada. Te juro que eres peor que él cuando se trata de causas perdidas. Y estamos ante un caso claro. Es una causa perdida.

–Si tú lo dices.

–Vaya, genial. Así que ahora sólo estoy fingiendo.

–Sólo creo que puede venirte bien.

–¿Disculpa? ¿Y qué fue de tu advertencia para que tomara precauciones con él? Me aseguraste que sólo me traería problemas.

–Bueno, sí, es cierto… pero sólo si buscas algo que no esté dispuesto a ofrecerte.

–¿Estás diciéndome que, mientras tenga claro que sólo se trata de pasarlo bien un rato, vale la pena? –arqueó una ceja y movió la cabeza–. Lo siento, pero no es mi estilo.

Peg estudió detenidamente a su amiga y recuperó su asiento junto a ella.

–Está bien, mira. Quiero que sepas que J.T. es un gran tipo. Es como un hermano para mí. Incluso pensé en llegar un poco más allá antes de que Cutter y yo nos juntásemos. El caso es que lo conozco bien –prosiguió tras una pausa–. Bueno, al menos, lo conocía y sabía lo que le molestaba. Pero eso fue antes de que se marchase a la Costa Oeste, hace unos años, y se alistase con los marines. Desde entonces, no ha sido el mismo. Colecciona mujeres como si quisiera batir un récord o, yo que sé, y créeme, ha primado la cantidad sobre la calidad.

Se detuvo un instante y sacudió la cabeza como si buscara una explicación.

–Pero sé que, en el fondo, es un buen hombre. Y creo que también te conozco a ti, pese al poco tiempo que llevas aquí. Tenéis

más cosas en común de lo que pensáis. Ambos arrastráis un vacío. Algo que… no lo sé, pero hay algo en vosotros que revela una necesidad, una satisfacción que deberíais concederos. Sigo creyendo que podríais encontrar esa carencia en el otro.

–Encontré lo que necesitaba cuando conocí a David –señaló Ali, consciente de que su amiga sólo intentaba ayudarla.

Peg era la única persona en Sundown que sabía que era viuda y había jurado que guardaría el secreto.

Una de las razones por las que se había marchado de Kansas City había sido para desprenderse del estigma de la viudedad.

No le gustaban las etiquetas y defendía su intimidad a cualquier precio. Siempre lo había hecho. Por eso le sorprendía haber confiado en Peg.

–Esa necesidad de la que hablas murió con él. Puedo asegurarte que no voy a encontrar en John Tyler lo que tuve con David. Y sea lo que sea que John haya perdido, tampoco va a recuperarlo conmigo.

Peg tomó su mano y le dio un cariñoso apretón.

–De acuerdo. Pero, si alguna vez cambias de idea, ten por seguro que lo pasarás en grande. Todos necesitamos relajarnos de vez en cuando, ya me entiendes.

–Vivo inmersa en la tensión –replicó Ali, que rió ante la proposición de Peg–. Eso me mantiene despierta. Y ya que hablas de aliviar la tensión, será mejor que te vayas a tu casa. Tengo trabajo. Me gustaría darle una mano de pintura al salón esta noche y no tengo tiempo de considerar tus fantasías eróticas, incluso si pudiera aplicarlas en mi propia carne.

–Bien, como quieras, pero si esperas al sábado podré echarte una mano. Cutter se lleva a Shelby de acampada y mi madre siempre busca alguna excusa para quedarse con Dawson, así que dispondré de algo de tiempo.

Ali envidiaba la estupenda familia de Peg. Shelby, una niña de diez años con aspecto de muchacho y el pequeño Dawson, la viva imagen de su padre con tan sólo dos años, eran el testimonio del amor que Peg y Cutter se profesaban.

–No te preocupes –dijo mientras apartaba de su mente los remordimientos por no haber formado una familia con David–. Si es así como quieres pasar tu día libre, tengo un montón de trabajo

para mantenerte ocupada. El vendedor se quedó corto cuando me aseguró que la casa sólo necesitaba un apaño. ¡Vamos, vete! Abraza a Shelby y Dawson de mi parte. Y también puedes darle un abrazo a Cutter en mi nombre.

Quería que Peg supiera que apreciaba lo que la aguardaba en casa.

–Estaré encantada de obedecerte en todo –Peg se alejó por el camino–. Nos veremos el sábado, si no nos vemos antes.

Ali pintó durante un par de horas después de que Peg se marchara. Satisfecha por haberle dedicado una parte del día a ello y dolorida después de la lucha con el becerro y el rodillo, se dio una ducha caliente, se puso un camisón y cenó algo ligero.

Eran cerca de las diez cuando se sirvió un té helado y salió al porche trasero de su casa, dispuesta a relajarse un poco antes de acostarse.

De pie, descalza, acunada por el confortable silencio de la noche, pensó en lo que Peg le había dicho.

Las pequeñas cosas también podían disfrutarse.

Apoyó el hombro en un poste de madera que necesitaba una mano de pintura con urgencia y confió en que sus carencias se volvieran abundancia en poco tiempo.

Pero, por el momento, no estaba segura.

No estaba segura de que su brillante idea de mudarse al campo para que el sueño de David tomara cuerpo fuera la mejor manera de honrar la memoria del marido que le había arrebatado el cáncer mucho antes de que ninguno de los dos estuviera preparado.

Deseaba tanto que hubiera podido experimentarlo y que, juntos, se hubieran trasladado al oeste, donde la vida transcurriría lenta entre montañas.

Imaginaba que volvía atrás en el tiempo y vivían esa clase de vida que formaba parte de la historia americana tanto como de su presente.

Al menos, así ocurría en Sundown, Montana.

Asumió, con los ojos llenos de lágrimas, que le hubiera encantado.

Y mientras pensaba en lo que podría haber sido comprendió que

no tenía sentido que siguiera en pie a esa hora de la noche. Era tarde, estaba cansada y era muy posible que acabase enredada en sus pensamientos.

Tomó aire, miró a su alrededor y evocó otras razones por las que había firmado sobre la línea de puntos, tanto para la clínica como para esa desvencijada casa.

Necesitaba un cambio. Se había quedado enfangada en Kansas City, presa del pasado y los recuerdos.

Una mañana, dos meses atrás, se había despertado y, tras mirarse detenidamente en el espejo, apenas había reconocido el espíritu de la persona que había sido.

Parecía que le hubiera pasado un camión por encima.

En ese instante había decidido que tenía que hacer algo con su vida si no quería marchitarse como una pasa y, finalmente, convertirse en polvo.

A David no le hubiera gustado. Habría preferido que siguiera adelante con su vida.

Había tardado cuatro años, pero finalmente se había trasladado a Montana para su nueva vida y se había instalado en una casa muy vieja.

Ali suspiró y pensó que, pese a todos sus desperfectos, se sentía muy cómoda en ella. Imaginó cómo habría sido en sus mejores tiempos. Una mansión regia pintada como una casa victoriana con molduras de colores restauradas y la vidriera que presidía la puerta del vestíbulo restituida a su estado original, de manera que el colibrí que figuraba en el centro pudiera extender las alas nuevamente y echarse a volar.

Las montañas, desde luego, también habían dejado una impronta indeleble en su corazón. Y el aire no se parecía a nada que hubiera conocido en el pasado. Era puro, vivificante, preñado del olor de los pinos, libre del aire contaminado de la ciudad. Y el cielo estrellado… era el sueño de cualquier astrónomo.

–Mira la luna –murmuró en voz alta para convencerse de que formaba parte del paisaje sereno y bellísimo de la noche abierta.

Esa noche había una luna de enamorados. Ese pensamiento ensombreció su ánimo y decidió que sería mejor acostarse antes de que esa maravillosa velada se transformase en un acto de compasión.

El teléfono sonó en el momento en que entraba en la cocina.

–Esta noche no –masculló, anticipando una emergencia veterinaria, al tiempo que la puerta con mosquitera se cerraba tras ella con un crujido. Los veterinarios del condado rotaban según un horario y esa noche estaba de guardia.

Descolgó, al tiempo que tomaba un bloc de notas y respiraba hondo, dispuesta a recargarse las baterías. Necesitaría mucho ánimo para enfrentarse a una nueva urgencia médica.

–Doctora Samuels.

–Hola, doctora. ¿Cómo le va?

John Tyler. Reconocería esa voz, grave y sensual, en cualquier parte.

Apretó los dedos en torno al lápiz mientras su corazón sufría un vuelco. Se preguntó qué significaba esa reacción tan inmediata al reconocerlo.

Suponía una verdadera molestia. Eso era todo.

Era cierto que estaba poniéndoselo difícil. Parecía sencillo justificarse de ese modo delante de Peg, pero ahora que estaba a solas con su conciencia no terminaba de convencerla ese argumento de que sólo era una molestia.

No lo entendía. La verdad era que no estaba interesada en una relación, pero cada vez que se volvía hacia ella con sus ojos marrones y su sonrisa de chico malo sentía un intenso cosquilleo en todo su cuerpo que compensaba su negativa. Ahora, aparentemente, sólo tenía que escuchar su voz y la sensación se repetía.

–¿Sigue ahí, doctora?

Podía imaginárselo al otro lado del teléfono, engreído y orgulloso. Un tipo duro, audaz y atrevido. Un auténtico vaquero. Era innegable, desde luego, que poseía un atractivo salvaje.

Y lo sabía, igual que un bebé sabe que una simple mueca y una sonrisa bastaría para que un adulto escéptico y estoico perdiera la compostura.

Peg había asegurado que era uno de esos hombres que rezumaban confianza y capacidad. Unos atributos que le valían el respeto de los hombres y hacían que las mujeres quisieran domesticarlo.

Al menos en el caso de algunas mujeres. Sólo que ella no pertenecía a ese grupo. Y no quería formar parte de él.

–¿Doctora?

–Sí –contestó, molesta y enojada, y trató de serenarse–. Estoy aquí.

–He llamado demasiado tarde, ¿verdad?

El tono de disculpa en su voz logró que se sintiera mal porque estaba comportándose como una mujer ofendida.

No era culpa suya que no le gustase la reacción que había provocado su llamada. Pero, en todo caso, tenía que terminarse.

Pese a la evidencia de sus encantos, sus motivos resultaban mucho más evidentes. Estaba de caza. Era su táctica. Según Peg, su vocación pasaba por convertirse en un rompecorazones.

–¿Qué querías, John?

–¡Vaya! Es mucho peor de lo que pensaba. Siento el frío incluso aquí. No sólo he llamado demasiado tarde, sino que te he despertado, ¿verdad?

Suspiró, cansada de esa situación.

–No me has despertado.

–Bien. Lo último que querría es…

–John…

–J.T. –la interrumpió–. Ya te lo he dicho, mis amigos me llaman J.T.

–J.T. –repitió sin rodeos–, ¿necesitas un veterinario?

–No. Nada de veterinarios. Todo está bien. Estaba pensando en ese golpe que te has llevado en la barbilla esta tarde y quería asegurarme de que estabas bien antes de acostarme… sólo eso.

De acuerdo.

No necesitaba la confirmación de las palabras de Peg. Era un buen tipo y, además, era un casanova.

–La barbilla está bien. Gracias por tu interés. Bien, si no necesitas nada más…

Su voz se fue apagando en cuanto escuchó la risa del otro lado del teléfono y, entonces, cayó en la cuenta de lo que había dicho.

«Si no necesitas nada más…»

Acababa de franquearle el paso para una de sus insinuaciones.

«Bien hecho, Ali» se dijo a sí misma.

Pero no aprovechó la oportunidad. No le hacía falta. Su risa era toda una declaración de intenciones. Sabía lo que ella estaba pensando, igual que sabía que ella lo sabía. Y eso le bastaba.

Ella sacudió la cabeza y recuperó el hilo de la conversación.

–Buenas noches, John… J.T.

–Buenas noches, doctora. ¡Que descanse!

La sonrisa que se adivinaba en su voz resultaba cálida y difusa. Pero poseía la dosis justa de sensualidad para decirle que, si tenía dificultades para conciliar el sueño, él tenía la receta perfecta contra el insomnio.

–Increíble –masculló mientras colgaba.

Sola en la cocina, desprovista de sus defensas tras una jornada agotadora y sin nadie que hiciera de pantalla, tuvo que enfrentarse con algunas verdades incómodas.

No quería asumirlo, pero tenía muy presente a ese vaquero. En persona o por teléfono suponía un obstáculo cuajado de testosterona que no dejaba de recordarle que era un hombre y ella seguía siendo una mujer.

Apoyó la cadera en la mesa de la cocina, se retiró el pelo de la cara y se preguntó cómo solucionaría ese asunto.

Un hombre muy atractivo que no vacilaba con respecto a lo que esperaba que ocurriese entre ellos y que había logrado recordarle, tras un periodo de cuatro años, su añorada y saludable vida sexual.

Había despertado en ella deseos y anhelos enterrados.

¿Y la parte más dura? Por primera vez en varios años había asumido que, si bien David había sido su alma gemela y su único amor, ella no había muerto con él.

J.T. había estado pensando y eso suponía un problema seguro. Al menos eso era lo que su padre había dicho siempre.

El asunto que le rondaba la cabeza esa mañana tenía unos increíbles ojos azules y unos labios tan dulces que había tenido que recurrir a las duchas frías mucho más a menudo en los últimos días.

Pero era un jugador de primera cuando había que distraerse.

Así que, mientras tomaba las llaves de su furgoneta y salía por la puerta la mañana del sábado, pensaba que ya era hora de que conociera a la Doctora Bombón en su terreno en vez de citarla en el rancho, donde siempre acudía como profesional.

Y el caso era que tan sólo deseaba verla de nuevo, en todo su esplendor, cuando no estaba enfrentada a un becerro enfermo, un

potro cojo o una yegua herida.

Pero, en el momento en que detuvo la furgoneta frente a la casa y apagó el motor, experimentó una extraña vacilación.

Quizás fuera un error.

La doctora había dejado muy claro que no buscaba una relación, de palabra y de hecho. Su mirada, en cambio, y el leve titubeo en su voz, enviaban señales distintas.

Había algo oculto más allá de sus continuas negativas y tenía la intuición de que se acercaba mucho más al sí. Y estaba demasiado interesado en ella para rendirse sin esforzarse un poco más.

Subió los escalones del porche con paso decidido y golpeó con los nudillos en la puerta con mosquitera.

–Adelante. La puerta está abierta.

Bien.

Tenía dos opciones.

Parecía claro que la doctora esperaba a alguien y no se trataba de él. Podía identificarse y ofrecerle la oportunidad de que inventase alguna excusa para librarse de él o podía entrar directamente y sorprenderla con la guardia baja.

Era una oportunidad.

Puso su mejor sonrisa y cruzó la entrada. Y allí estaba ella, subida en una escalera en el comedor, de espaldas a la puerta, y una muestra de pintura de color crema en la esquina superior de la sala.

Estaba descalza. Vestía unos pantalones vaqueros cortos, muy gastados, y una camiseta blanca mínima que dejaba a la vista su piel desnuda, tanto por encima como por debajo. Y el efecto era tremendo.

¡Santo dios, era un auténtico bombón!

Siempre la había visto en vaqueros, camisetas y botas camperas. Pero siempre había sospechado que, tras esa imagen, se ocultaba una auténtica mujer.

Y ahora lo sabía.

Pero no se había preparado para el golpe de lujuria que recorrió su cuerpo cuando descubrió lo que la doctora había mantenido oculto. Y tuvo que verla así para hacerse una idea de la razón que lo había intrigado tanto desde el principio.

La doctora era una mujer madura. Poseía un cuerpo suave, flexible y excitante. Eso le gustaba. Apreciaba que sus piernas no

fueran excesivamente largas pero sí esbeltas, las pantorrillas fuertes y firmes, y una suave redondez en los muslos y las caderas.

Apreciaba la redondez de sus glúteos. Algunas mujeres de su edad quizás se preocupasen porque sus cuerpos hubieran perdido la elasticidad y la firmeza de su juventud.

Quizás otras lamentasen cada arruga de su rostro. Tenía la poderosa impresión de que la doctora no se ocupaba mucho de esos temas. Parecía cómoda consigo misma y satisfecha con su aspecto. Pensaba que era enormemente atractiva.

Y la verdad era que había disfrutado de un montón de chicas de calendario. Jóvenes de piel perfecta, músculos tonificados y poco más en sus cabezas, preocupadas únicamente por el peinado, el brillo de su barra de labios y sus esbeltas figuras.

La doctora era distinta… por fuera, y por dentro. Y ese era el motivo de que se hubiera arriesgado esa mañana. Y nada de lo que había visto hasta ese momento le había hecho pensar que se hubiera equivocado.

Se había recogido el pelo en un moño sencillo, sin adornos. Y los mechones sueltos que habían escapado de su prisión caían en cascada sobre la piel desnuda de sus hombros como cintas de seda doradas cuando se estiraba para alcanzar algún punto en la esquina de la pared.

También vislumbraba una franja mayor de su cuerpo cuando levantaba los brazos por encima de su cabeza y los pantalones bajaban un poco, anclados en sus caderas.

Tenía una piel asombrosa… nada pálida, como había imaginado, sino dorada y tan apetecible que notó un hormigueo en sus manos, ansiosas por posarse sobre una superficie tan delicada para disfrutar de esa proximidad.

Una proximidad que sería lo mínimo que estaría dispuesto a regalarse.

Era algo que había decidido en ese momento. Estaba seguro. Él y Alison Samuels, pese a sus reticencias, se convertirían en muy buenos amigos. Y desgastarla resultaría mucho menos divertido.

–¿Estás segura de que te apetece? –preguntó sin volverse–. No es la mejor manera de pasar tu día libre.

Se retiró el sombrero con el pulgar, metió los dedos en los bolsillos delanteros del pantalón y se apoyó en el quicio de la

puerta.

–Bueno, no lo sé… desde mi posición, la vista es inmejorable.

Capítulo Tres

Ali se quedó paralizada.

La voz arrastrada, divertida y seductora, era bastante más grave que la voz de Peg. Además, la voz de John Tyler tenía un efecto sobre ella que Peg nunca lograría.

Y en ese instante sintió cómo su pulso se disparaba y una bandada de mariposas inundaba su estómago.

En el momento en que se giró y observó la sonrisa presumida que curvaba sus labios tomó plena conciencia de su indumentaria y comprendió que el vaquero se había regodeado con la vista.

–Hola –saludó con mirada pícara y sonrisa traviesa.

–Esperaba a Peg –replicó con calculado control mientras dejaba el rodillo de pintura en la bandeja.

–La vida está llena de sorpresas, ¿no crees?

El ambiente se notaba espeso, cerrado. Ali ya estaba cansada. Y no estaba de humor para enfrentarse a los requiebros de John Tyler.

–Y que lo digas.

–Veo que tienes en mente una reforma integral de la casa. ¿Necesitas ayuda?

Esbozó una sonrisa algo forzada, amistosa y educada. Un gesto amable, pero distante.

–El Titanic necesitaba ayuda. Yo necesito un milagro.

Y necesitaba bajarse de esa escalera porque, si juzgaba correctamente la expresión de su inesperada visita, estaba gozando del panorama más de lo aconsejable.

Buscó el escalón inferior mientras intentaba disimular su estado de nerviosismo, pero falló y el pie resbaló.

–¡Dios mío! –gritó, consciente de que agitaba los brazos en el aire ante la inminente caída.

–¡Eh, eh! –un par de brazos fuertes la sostuvieron en el aire y se apretó contra su pecho–. ¡Despacio! Esa no es la mejor manera de bajarse de la escalera. Y podrías haberte partido el cuello.

Sin aliento, el corazón sobresaltado, Ali parpadeó ante la mirada

perpleja pero amable de J.T. y no supo qué decir ni qué hacer.

Sólo tenía una certeza. No se movería mientras estuviera en sus brazos como una novia en el umbral de su nuevo hogar.

Sentía sus dedos presionados contra un lado de su pecho y la camiseta se había arrugado tanto que una simple respiración suponía un riesgo.

De hecho estaba convencida de que si se movía se ofrecería de tal modo que el exhibicionismo cobraría una nueva dimensión.

¿Acaso no era una situación extraordinaria?

El flujo de adrenalina que corría por sus venas también era muy especial. Se desplazaba como una pelota de béisbol y paralizaba todas sus acciones.

Sólo podía quedarse allí, en sus brazos, exageradamente consciente del calor corporal de J.T., concentrado en las yemas de los dedos firmemente apretados contra la suave textura de la tela que cubría su pecho.

Nadie la había tocado desde que… bueno, nadie le había acariciado esa zona desde hacía mucho tiempo. Y ahora se activaban respuestas reflejas que habían permanecido anestesiadas durante años.

Sin previo aviso, sus pezones se endurecieron al tiempo que la sangre sensibilizaba su cuerpo. Y durante un instante cargado de locura e intensidad sexual imaginó la cabeza de John Tyler inclinada sobre su pecho, la boca plena aferrada al pezón y la lengua húmeda que alternaría los besos…

–¡Eh, eh! ¿Doctora? Encanto, estás temblando. ¿Te encuentras bien? –preguntó, y la voz profunda penetró en su conciencia a través del torrente sanguíneo.

No, la verdad era que no estaba bien. Estaba avergonzada. Estaba excitada y… y estaba confusa.

–Yo… estoy bien. He tardado un poco en reaccionar, eso es todo. No sé cómo he podido ser tan torpe.

–Quizás haya sido la referencia al Titanic –apuntó–. La mención de un desastre acarrea otro. Claro que, en este caso, debo admitir que me ha gustado cómo se ha llevado a cabo.

Sí. Estaba segura de que había disfrutado. Un rápido vistazo confirmó que seguía vestida, apenas, pero recuperó la desasosegadora imagen de su boca haciéndole el amor en su pecho.

Esa sí era una caída peligrosa. Necesitaba librarse de esa idea, pero no resultaba sencillo mientras estuviera hundida en sus brazos, consciente de la respiración de su pecho bajo la camiseta blanca y del latido de su corazón, sereno y franco.

¿Cómo había podido olvidarse de las maravillosas diferencias entre el físico de un hombre y una mujer? ¿Cómo había podido olvidarse de la maravillosa sensación de ser una mujer, abrazada a un hombre?

Había desterrado esas imágenes de su mente. El olvido había sido su única arma frente a las interminables noches, frías y solitarias, en que la añoranza de David se había vuelto insoportable.

Respiró hondo, se tranquilizó y notó cómo la sangre retornaba a su cerebro. Un cosquilleo recorrió sus brazos justo a tiempo. Levantó una mano y se ajustó la camiseta con un movimiento discreto.

–Ya puedes dejarme en el suelo –dijo en un susurró mientras miraba unos ojos marrones tan oscuros que parecían negros.

Quería apartar su mirada. Pero, en un espacio tan corto, esos ojos marrones resultaban tan bonitos como cautivadores. Distinguía todas las variables de color en sus iris, desde el chocolate a la canela.

Había intensidad y calidez, igual que en sus largas pestañas. Los años al sol y las continuas sonrisas habían labrado pequeñas arrugas en los bordes que le añadían atractivo cuando sólo deseaba contemplarlo en calidad de cliente y conocido.

Un asunto peliagudo cuando el contacto físico entre ellos resultaba tan notable. El calor y el aroma de su cuerpo tampoco facilitaban las cosas. Sentía el olor de la salvia, el sudor e, intercalado, el cuero.

–J.T… he dicho que ya puedes bajarme.

–Claro que puedo. Pero la pregunta es, ¿estás preparada? No me gustaría que se repitiera la escena. ¿Qué te parece si evitamos ese riesgo y te quedas en mis brazos un poco más?

–¿Te gusta el riesgo? –ella entrecerró los ojos.

–No puedes culparme por intentarlo –dijo con una sonrisa mientras obedecía–. Además, oportunidades como ésta no caen en mis manos todos los días.

Una vez de pie, alejada un metro, recobró el equilibrio físico y

emocional. No estaba segura de lo que le había ocurrido, pero sabía que se trataba de una anomalía. No iba a enrollarse con J.T. porque no quería y, además, sería ridículo.

No tenía nada que ver con el hecho de que huyera de sus sentimientos. No estaba huyendo. No estaba asustada, si bien todas las emociones que circulaban por su cuerpo imitaban con preocupante precisión al miedo.

La presencia de J.T., sencillamente, excitaba sus sentidos. No había motivo para que tomase medidas. Pero tenía que convencerlo, antes de que se les fuera de las manos, de que una relación entre ellos no tenía sentido.

Pero, ¿cómo? Resistirse no había funcionado. Quizás sólo tuviera que convencerlo de que no sentía nada… y eso implicaba que debería tratarlo como a cualquier otro hombre que no le calentara la sangre ni hiciera que se cuestionará por qué la idea de un romance amistoso parecía tan mala idea.

–Supongo que he tenido suerte de que estuvieras aquí. Sólo me faltaba romperme la crisma –señaló.

–Ha sido un placer. Prométeme que tendrás más cuidado de ahora en adelante.

–He aprendido la lección –aseguró–. Tengo la agenda repleta y esta casa necesita tantas reformas que no puedo permitirme una baja.

–Bueno –suspiró mientras paseaba su mirada a lo largo de su cuerpo, de modo que ella sintió la necesidad de ajustarse todavía más la camiseta–, creo que las mejoras saltan a la vista.

Un involuntario escalofrío recorrió su cuerpo arriba y abajo frente al fulgor de sus ojos, prueba inequívoca de que no se refería únicamente a la casa.

Tenía que detenerlo, de una vez por todas. Enojada con él por provocarle semejantes reacciones tanto como con ella misma por permitirlas, se cuadró decidida a enviarle un mensaje cristalino.

–John…

–¿Sabes? –interrumpió–, todavía me acuerdo cuando esta casa era de interés turístico.

–¿Sí? ¿En serio? –la afirmación de J.T. dejó helada a Ali–. ¿Recuerdas qué aspecto tenía cuando se construyó? Me encantaría restaurarla de acuerdo con el estilo original.

–¿Hablas de ella como si fuera una persona?

–Por supuesto –apartó la mirada de la sonrisa de J.T. y se agachó para secarse las manos con un trapo sucio que había en el suelo–. Es toda una señorita.

–¿Y qué te hace pensar que…?

–Es una intuición –se encogió de hombros–. Desprende cierta delicadeza femenina… en las molduras y las maderas talladas, la barandilla… e incluso en las vidrieras. Sí, no cabe duda. La casa es una señorita preciosa y elegante.

–Igual que su dueña –apuntó y el corazón de Ali se aceleró de nuevo.

Volvió a sentirse a disgusto ante esa reacción. Se concentró en las manchas de pintura que tenía en los dedos. Así evitaría verse arrastrada a estudiarlo a él. Y no se hundiría en esos ojos marrones ni sucumbiría ante su imagen.

La camiseta blanca ceñida al torso, los vaqueros gastados y el sombrero gris. Parecía el molde que había dado forma al universo de auténtico vaquero.

–No recuerdo los detalles que te interesan –señaló mientras estudiaba el dibujo en la puerta de doble hoja que daba al comedor–, pero puedo informarme.

–Es una broma. ¿Cómo?

–Mi madre era la presidenta de la Sociedad Histórica del Condado hasta que mi padre se retiró y se mudaron a California. Ya no está en contacto con la asociación, pero seguro que dispone de fotografías de la casa. Y, si no tiene, sabrá dónde encontrarlas. Llamaré y veré qué averiguo.

–Eso sería fantástico –dijo, llevada por el entusiasmo–. Siempre que no te suponga una molestia, desde luego.

–En absoluto. Además me ganaré unos puntos extra sólo por llamarla y, además, interesarme en uno de sus proyectos.

–¿Y qué conseguirás con esos puntos? –Ali sonrió, a su pesar.

–Algo grande, seguro. Me enviará una tarrina de dulce de azúcar casero –exhibió una sonrisa candorosa y entrañable–. Seguramente mandará también una caja de pastas caseras. Por cierto, mis favoritas llevan pasas… en el caso de que también me esté ganando algunos puntos extra contigo.

Estaba claro que resultaba irritante. También poseía un

innegable encanto y era muy atractivo. Y había lanzado un anzuelo muy sugestivo. Ali quería esas fotografías.

–Ofréceme resultados y quizás me convenzas para que te prepare unas pastas.

Sonrió de nuevo, malicioso y seductor, y sus pensamientos resultaron nítidos como el cielo de Montana. No cabía la menor duda de que quería una muestra de sus pastas y mucho más.

–Mientras tanto –prosiguió de camino a la cocina–, ¿te importaría decirme a qué has venido? Y no me digas que estás aquí para invitarme a cenar porque eso ya lo hemos discutido y está descartado.

Había sido clara, contundente. Podía comportarse de un modo educado, pero tajante. Y, de pronto, tomó conciencia de su indumentaria y se preguntó que habría pensado J.T. de su aspecto.

Supuso que sería un arrebato de vanidad femenina. No estaba acostumbrada. Tenía más kilos y demasiados años para lucirse con unos vaqueros cortos y una camiseta sin mangas, entallada.

Claro que no parecía que le hubiera costado mucho sostenerla en el aire. No le habría importado que Peg la hubiera visto de esa guisa, pero no había previsto que nadie más la viera así.

Quizás había sido bueno que John apareciese. Así comprendería las diferencias entre una mujer de treinta años y una mujer de cuarenta. Puede que eso calmase sus instintos. Se mantenía en forma, se cuidaba y procuraba arreglarse, pero la madre naturaleza y la gravedad era rivales de mucho peso. Podías combatirlos, pero nunca podrías derrotarlos.

Si hubiera sido un acto de masoquismo, se habría asegurado de que sufriese su visión un buen rato. Pero esa idea hizo que pensara en el mal trago que había pasado en sus brazos y se puso la camiseta que había dejado tirada en el respaldo de una silla de la cocina.

Se acercó a la nevera y sacó una jarra de té. Y, puesto que habría sido de muy mala educación servirse sola, le ofreció un vaso.

–Gracias, pero nunca me ha gustado el té –negó con la cabeza–. Me valdría con un vaso de agua. Y ya que me has pedido que no te repita si quieres ir a cenar conmigo, no lo haré. ¿Te apetecería que fuéramos a bailar?

–No bailo –contestó, seca, mientras echaba unos hielos en el

vaso de agua y se lo ofrecía.

No podía probarlo, pero habría jurado que J.T. le había rozado la mano adrede con los dedos cuando la retiró.

Una vez más tuvo que apartarse de las sensaciones que despertaba ese contacto en su cuerpo y el recuerdo de su firmeza mientras la había sostenido entre sus brazos.

Había sentido una fuerza labrada a lo largo de los años en contacto con el ganado y se preguntó cómo sería con una mujer.

Pero se conminó a apartarse de ese camino.

–Supongo que tampoco te gusta el cine, ¿verdad?

Sonrojada por el curso de sus pensamientos, sacudió la cabeza. No se sentaría junto a él en una sala oscura y amparada únicamente por una caja de palomitas.

–No tengo tiempo. La consulta y la casa me tienen ocupada todo el día.

Sentía su mirada sobre ella, por encima del borde del vaso, y sintió el impulso de arreglarse los mechones de pelo suelto.

Había observado su propio reflejo en la ventana que había encima del fregadero. Estaba totalmente despeinada. Y tenía un par de brochazos de pintura. No se había maquillado y ni siquiera llevaba pintalabios.

Pensó, molesta, que no lo había necesitado. Estaba trabajando. No quería impresionar a nadie, y menos a John Tyler.

Él, sin embargo, parecía decidido a impresionarla a ella.

–Así que no puedo llevarte a cenar ni al baile ni al cine. Supongo que tendré que ofrecerte mis servicios en otros menesteres. ¿Qué tal está la instalación eléctrica?

¡Oh, no! Eso era precisamente lo que le aterraba. Un joven vaquero irresistiblemente atractivo que se paseara por su casa rezumando masculinidad y eficacia.

Era una mujer independiente, pero una de las cosas que más echaba de menos de la vida en pareja era esa habilidad innata de los hombres para los arreglos.

El aspecto de un hombre cuando se ocupaba de las cosas en lugar de una mujer.

–No podría pedirte que te ocuparas de eso.

–No me lo has pedido. Yo me he ofrecido.

–Ya, pero no puedo aceptar tu oferta.

–¿Qué? –le dirigió una mirada divertida–. ¿Hay alguna ley que lo prohíba?

–Claro que no. Pero no estaría bien. Ya tienes un montón de trabajo para ocuparte de parte del mío. ¿Qué tal está el becerro, por cierto? –añadió, empeñada en que cambiaran de tema y se olvidase del asunto.

–Está mejor. Y creo que me basto para decidir si tengo tiempo libre o no. En cuanto al tema de la instalación eléctrica…

Ali no sabía cómo lo había conseguido, pero el perseverante señor Tyler se había quedado toda la mañana en su casa, ayudándola con el trabajo hasta la llegada de Peg, algo más tarde.

Entonces ella y Peg se habían dedicado a la pintura mientras él subía a la azotea, bajaba al sótano y, finalmente, regresaba al piso principal.

A mediodía, Ali se había agotado sólo con mirarlo. Así que, evidentemente, también él estaría cansado. Y no tardó en quitarse la camiseta.

Peg, fiel a sí misma, se inclinó y le susurró al oído que estaba como un tren.

–¿Cómo? –Ali resopló–. Cielo, deberías olvidarte de las revistas para adolescentes.

–Escucha, reconozco el buen material a la primera –dijo con una sonrisa–. Ese hombre está para comérselo.

–¿Sabe Cutter que babeas por hombres como éste?

–Yo no babeo, querida. Sólo observo. Tú eres la que está embobada.

–No es cierto.

–Claro que sí.

Peg rió disimuladamente y Ali tiró el rodillo con disgusto. La verdad era que había babeado un poco. Y había revivido esa fantasía de la boca de J.T. sobre su pecho.

Era patética. Y no pensaba con la cabeza. Quizá fuera culpa del calor.

–¿Sabes lo que pienso? –dijo Peg mientras repasaba la madera con un pincel fino.

–¿Te molestaría que te dijera que no me importa lo que estás

pensando?

–Creo –apuntó Peg, ajena al sarcasmo de Ali– que te estás engañando con respecto a J.T. Creo que deberías hacerle caso a tu corazón.

–Créeme. Mi corazón no está involucrado en esta historia.

Pero admitió que su libido sí estaba afectada y se fijó en John cuando cruzó por delante de la puerta con un rollo de cable al hombro. Un hombro desnudo, musculoso y bronceado, igual que su torso y los brazos.

¿Alguna vez había visto a algún hombre que le sentaran tan bien los vaqueros?

¡Dios santo! Había perdido el control. ¿Cuándo le había ocurrido?

Más tarde comprendió que el tiempo había pasado volando. Y lo más extraño era el olor a pizza que inundaba la casa. ¿De donde vendría?

–La pizza especial de Dusk to Dawn –dijo John con una caja grande entre las manos–. No sé vosotras, pero yo estoy hambriento.

Dejó la caja en el suelo, en medio del salón, sobre la lona protectora. Y abrió la bolsa de papel marrón que llevaba encima.

–Panecillos y refrescos –anunció.

–Pensaba que habías ido al almacén –dijo Ali.

Metió la mano en el bolsillo y sacó una bolsa llena de clavos que sostuvo en el aire para demostrarle que también se había pasado por el almacén.

–Vaya. No me había dado cuenta de la hora que es –señaló Peg–. Tengo que ir por el pequeño e irme a casa.

–¿Cómo? ¿Te marchas? –salió a trompicones tras ella, aterrada ante la idea de quedarse a solas con John, y le dedicó una mirada implorante–. No puedes irte.

–¿Qué? ¿No crees que ya me has explotado bastante por hoy? –bromeó Peg, ajena a la súplica de su amiga.

–No. Bueno, sí. Has trabajado mucho. Pero… necesitas un bocado antes de irte.

–Ya tomaré algo en casa. Cutter y Shelby me prometieron que traerían pescado fresco de su acampada. Y esperan que me lo coma.

Se despidió con una sonrisa y abandonó a Ali en la peor situación posible.

Estaba a solas con un hombre que había intentado quedarse a solas con ella durante el último mes.

–Bueno –dijo John con su proverbial inocencia–. Parece que, después de todo, cenaremos juntos. Es curioso cómo ocurren las cosas.

–Sí, muy curioso.

Era un vaquero perverso y calculador. Y muy guapo. Y demasiado listo.

Claro que también era muy considerado. Miró la pizza con verdadera ansia.

Si no la compartía, resultaría maleducado y denotaría muy mala idea. Se había pasado el día trabajando en su casa, a pesar de que no se lo había pedido. Sin embargo, estaba claro que sabía lo que se hacía y estaba segura de que le había ahorrado tiempo y dinero.

Se imponía un mínimo de cortesía.

–La cena corre de mi cuenta –dijo en un tono excesivo.

Parecía claro que había forzado su suerte hasta el límite porque no protestó cuando ella sacó un billete de veinte del bolso y se lo tendió para cubrir los gastos.

–Está bien. Se hará a tu manera… esta vez –se guardó el dinero a regañadientes–. Pero la próxima vez, la cena corre de mi cuenta.

Pero se dijo que no habría próxima vez. Encontraría la manera para zanjarlo allí mismo y cortar ese juego de raíz.

–Sí, me gusta –contestó John ante la pregunta de Ali sobre si le gustaba la vida en el rancho.

Había decidido que sería un buen tema de conversación mientras daban buena cuenta de la pizza en mitad del suelo de su salón. Se había puesto la camiseta y ella se había asegurado de dejársela todo el tiempo.

Afortunadamente, parecía que la ropa funcionaba porque John ya no trataba de seducirla. O puede que estuviera exhausto.

Ya le había hablado de sus dos hermanas. Una estaba casada y vivía en California. La otra estudiaba en Nueva York un curso sobre puericultura.

–Pero me costó un poco –prosiguió–. Supongo que es lógico. Si te has criado en un rancho, llega un día en que sólo piensas en

alejarte de esa vida a toda costa.

Alargó la mano y tomó otra porción de pizza. Cada movimiento de John revolucionaba todo su cuerpo. Así que la ropa no eliminaba del todo el efecto que ejercía sobre ella.

Estaba estirado, de lado, apoyado en un codo. Tenía una pierna doblada y balanceaba la rodilla con suavidad mientras alternaba la comida con la conversación. Estaba relajado, pero no había dudas acerca de la musculatura que se adivinaba bajo su ropa.

Estaba fascinada por sus antebrazos. Las venas se marcaban como si fueran ríos de fibra, empujados a la superficie de la piel por los músculos.

David había tenido cuerpo de atleta, delgado y sinuoso. Pero nada comparable al contorno de ese ranchero, para quien el trabajo físico era su tarea diaria.

–¿Qué te hizo cambiar de opinión? –preguntó, anonadada ante el hecho de que lo hubiera comparado con David.

–Muchas cosas. Al graduarme, me trasladé a Bozeman y fui a la universidad. Una muestra de la vida en la ciudad bastó para seducirme, así que me cambié a la universidad de Colorado. Y, antes de que me lo preguntes, me licencié en informática.

–¿En serio? –dijo, fascinada ante esa noticia.

–Sí –sonrió y ella correspondió.

–¿Has ejercido alguna vez?

–Trabajé en Sacramento con una empresa de desarrollo de juegos de ordenador. Gané mucho dinero y programé a guerreros para que aniquilaran terroristas.

Se quedó repentinamente serio. Mantuvo la mirada perdida en algún punto del espacio durante un rato. La habitación se quedó silenciosa hasta que pareció darse cuenta de que Ali se había quedado desconcertada.

–Pero lo dejaste –aventuró para que retomase el hilo de la conversación.

Asintió, tomó aire y recompuso el gesto.

–¿Por qué? –John la miró con ojos escrutadores–. ¿Por qué abandonaste?

–Por culpa de la guerra –dijo tras otro largo silencio–. Y, de pronto, me pareció que los juegos de guerra no eran la mejor manera de ganarse la vida.

Capítulo Cuatro

Un silencio espeso se instaló en la sala, cargado de comprensión por parte de Ali y de remordimiento por parte de John.

–Perdí a un amigo en un ataque –dijo tras un largo silencio–. Mientras tanto yo me había dedicado a idear juegos de guerra.

–Lo lamento –señaló ella, sincera.

Estaba conmovida, pero no quería inmiscuirse demasiado en esa zona de su vida. Un lado oscuro que hizo que comprendiera que no se trataba de un tipo unidimensional, tal y como le hubiera gustado.

O quizás esa fuera la imagen que había querido proyectar de cara al exterior. En realidad empezaba a pensar que era un hombre muy complejo. Y sus siguientes palabras se lo confirmaron.

–Resulta una obviedad decirte que ese día cambió mi vida. Después de aquello reflexioné mucho, ¿sabes? No me gustaba lo que veía… y no me gusta la idea de que lo que estaba haciendo no se diferenciaba demasiado.

Se encogió de hombros, la miró de refilón y apartó la mirada.

–Así que pedí unas vacaciones y me marché a Nueva York. Me alisté como voluntario para todo lo que encontré. Al cabo de dos semanas, decidí que quería hacer algo más.

Ella estudió su rostro endurecido, observó sus ojos y percibió que, más que nada, estaba reafirmándose sobre una serie de decisiones que habían cambiado su vida por completo.

–Avisé a la empresa de mi renuncia con dos semanas de preaviso, busqué la oficina de reclutamiento más cercana y me enrolé. El deber patriótico y todo eso –añadió, pero su tono descartó que hubiera respondido realmente a esos ideales–. Y después del periodo a las órdenes del tío Sam, supe lo que quería hacer y dónde quería establecerme. Y volví aquí, a Sundown.

No hacía falta un sexto sentido para darse cuenta que había mucho más detrás la historia que había esbozado. Su mirada se había tornado oscura y vacía cuando había mencionado su servicio militar.

Había visto, y las imágenes persistían, muchos combates en medio del terror de la guerra. Peg había dicho que había regresado muy cambiado de su paso por la armada.

Ali no dejaba de preguntarse si habría vivido directamente en el frente, pero sentía que se haría un favor si no se lo preguntaba.

Sabía que si John quería contárselo, lo haría. Y no estaba segura de que quisiera saberlo. Al menos eso fue lo que se dijo. No necesitaba saber nada más de él.

El conocimiento, en esas circunstancias, no equivalía al poder. El conocimiento, tratándose de John, sólo debilitaría su posición. Cuanto más supiera, más querría que le contara.

Estaba empezando a gustarle. Se sentía intrigada por lo que había ocurrido en su pasado. Algo que, durante unos momentos, había oscurecido su mirada con un velo de dolor. Y por mucho que no quisiera admitirlo, la atracción que sentía hacia él empezaba a superarla.

Resultaba muy… embarazoso. David había sido su único amor. Nunca, durante los últimos cuatro años, se había imaginado en brazos de otro hombre.

No había sopesado la posibilidad de un amante, un compañero ni ninguna otra clase de relación. Y por eso resultaba tan inquietante el efecto que John tenía sobre ella.

Pero estaba segura de que lo tenía controlado.

–¿Y qué hay de tu vida? –preguntó John tras un silencio algo incómodo.

El ventilador que había colocado junto a la ventana abierta enfrío la estancia con una ráfaga de aire cargada de rocío y humedad.

–¿Yo? No hay mucho que contar.

–Compláceme.

El juego de la seducción había vuelto. Así de fácil. Parecía que hubiera pulsado un conmutador en su cabeza.

–Bien… de acuerdo. Soy hija de Ward y June Cleaver. Me crié en las afueras de Chicago y tengo dos hermanos adorables.

–Una vida de cuento, ¿eh?

Sí, era cierto. Había sido una vida de cuento durante un tiempo.

–Sí –admitió con una sonrisa–. Así fue.

John no dijo nada cuando ella no continuó el relato de su vida,

pero Ali sintió su mirada afilada mientras se cambiaba de postura, cruzaba las piernas por delante, apoyaba los codos en las rodillas y balanceaba el refresco en el aire.

–Seguro que fuiste animadora –apuntó con aire especulativo.

–No lo creas… –soltó una carcajada–. Claro que una de mis mejores amigas lo fue. Yo era el cerebro de la clase.

–¡Vaya! Una pesada carga, sin duda –subrayó con una seductora sonrisa.

–Soy la única responsable. Dedicaba todo mi tiempo al estudio. Quería ser la mejor, ya sabes. Me perdí un montón de cosas que luego he echado de menos. Bailes, fiestas, etc. Pero valió la pena cuando ingresé en la universidad y la facultad de veterinaria.

–Y eso me lleva a la pregunta que no deja de rondarme la cabeza. ¿Por qué?

–¿Por qué me hice veterinaria? Me encantan los animales. Y me encantan la ciencia y la medicina.

–No –sacudió la cabeza–. ¿Por qué estás aquí?

–¿En lugar de establecerme en una clínica de mascotas donde se hace dinero fácil?

–Exacto –confirmó.

–Necesitaba un cambio –se encogió de hombros y eludió un poco la respuesta–. Me interesaban otros aspectos de la práctica veterinaria. Y siempre me había sentido atraída por las montañas del oeste.

No era una mentira. Sencillamente, no era toda la verdad.

No necesitaba decirle que establecerse allí había sido el sueño de David. Y que ella sólo intentaba cumplirlo. En realidad, no había ningún motivo para que supiera de la existencia de David.

Estaba muy confusa con respecto a la reacción física que había experimentado con John un poco antes. En la distancia sentía que había traicionado, de alguna forma, a David. Ahora, si le hablaba de David al hombre que había provocado esa traición, sumaría otro motivo más para avergonzarse.

–Aun así –añadió John, recuperando así su charla–, hay clínicas para mascotas en un centenar de ciudades de los alrededores.

–Ya lo sé –asintió–. Y sopesé todas las posibilidades. Estuve a punto de marcharme… pero, entonces, el agente inmobiliario me enseñó la clientela de Doc Sebring y se me abrió un abanico de

oportunidades muy atractivo.

–Dolores de espalda, jornadas interminables… golpes en la barbilla –añadió con un gesto del mentón.

Ella sonrió. Pese al cúmulo de emociones contradictorias que hervían en su interior, se había relajado en su compañía.

–Es cierto. Y si entonces hubiera sabido lo que me esperaba, habría pasado. Créeme, hay días en que lo pienso. Pero, en ese momento, me pareció el paisaje ideal. Caballos, montañas, una ciudad pequeña… y me decidí en ese instante.

–Así, sin más.

–Sí –bebió un trago de su refresco–. Y aquí estoy.

–Sola –apuntó John, claramente interesado en su historia personal.

–Sí, en efecto –afirmó, pero no estaba dispuesta a suministrarle esa información.

–Entonces, ¿no hay nadie esperándote en Kansas City? ¿No existe una media naranja? –insistió.

–No –replicó mientras forzaba una sonrisa que aliviase la pena–. Sólo tengo a mis padres. No se alegraron mucho de que me fuera. Me ayudaron en el traslado, pese a todo, y cuando aterrizaron en Sundown se convencieron de que no duraría una semana. Eso los animó bastante.

–Supongo que representa el infierno para alguien de la ciudad –sonrió.

–Y que lo digas. Creían que me había instalado en otro planeta.

–Bueno, bienvenida a Marte, doctora –levantó su refresco en un brindis–. Kansas City ha salido perdiendo, pero Sundown ha ganado.

–Esperemos –dijo y brindó con él–. Todavía estoy evaluando la situación… adaptándome al trabajo con animales grandes. Pero el reto me gusta.

–Me gustan los retos –dijo y su mirada se volvió más intensa–. E, igual que tú, soy un ganador nato.

Era una afirmación cargada de doble sentido y, por eso mismo, la ignoró.

–Ahora mismo sólo me preocupa salir adelante. Sabía que sería duro, pero nunca imaginé que habría tanto trabajo. Las cosas deberían calmarse un poco la próxima semana. La clínica del nuevo

veterinario de Dayton empezará sus rotaciones y eso cubrirá un vació enorme en el calendario.

–Acabarás exhausta entre la clínica y la casa –dijo John.

–Me gusta mantenerme ocupada.

–¿Y aislarte de la vida social?

–¿Vida social? ¿En Sundown? ¿No exageras un poco?

–Buena respuesta –señaló con una rápida sonrisa que mostró sus dientes blancos–, pero creo que te sorprendería la manera en que nos divertimos por aquí. En todo caso, pensaba en la época que pasaste en Kansas City.

–Tenía vida social –dijo ella.

–Entonces, ¿salías?

Era otra incursión en su vida privada y no iba a morder el anzuelo. John leyó el toque de atención en sus ojos y rectificó al momento.

–Sólo pensaba que me parece increíble que una mujer como tú no tuviera una hilera de pretendientes, ansiosos por pedirte una cita.

–No había colas ni nada semejante –aseguró.

–Asombroso. ¿Acaso todos los hombres de Kansas City están locos? ¿Son ciegos? ¿Homosexuales?

La insistencia de John dibujó una sonrisa en su cara. Y también se sintió halagada. Pero, pese a que le gustase un poco y se sintiera atraída, no podía permitir que la situación se le fuera de las manos.

–John… J.T. –rectificó al momento ante la mirada de él–, eres un gran tipo…

–Oh, no. Ahora llega el momento fatídico. Es mi marca para marcharme antes de que me rechaces de nuevo.

–No se trata de rechazarte ni nada semejante.

–Entonces, ¿cómo te explicas que sienta un vacío en mi corazón tan grande como todo el estado de Montana?

–¿Es que nunca abandonas? –sacudió la cabeza ante la expresión dramática de J.T.

–¿Cómo? Te diré un pequeño secreto. Todavía no he empezado.

John guiñó un ojo y ella emitió un gruñido. Eso divirtió a J.T.

–Estás cansada –dijo, se levantó de un salto y puso fin a una posible discusión sobre la imposibilidad de que ellos dos protagonizaran una historia–. Descansa un poco, ¿quieres? Y piensa

acerca de esa vida social de la que careces.

Se colocó el sombrero, se despidió y salió por la puerta antes de que Ali tuviera tiempo de agradecerle todo el trabajo que había hecho.

Observó cómo las luces traseras de la furgoneta se alejaban y desaparecían en medio de la noche.

Asumió, pese a la inquietud que le producía, que se había sentido viva desde el momento en que se había girado en la escalera y lo había visto en la puerta.

Tumbada en la cama, sola consigo misma, admitió que se había sentido enormemente excitada cuando había sentido la masculinidad de John mientras la sostenía en brazos.

Una lágrima se deslizó sobre su mejilla mientras, tumbada de espaldas, miraba al techo y combatía esa necesidad del contacto con un hombre.

Añoraba a David.

Por primera vez en mucho tiempo lloró hasta que la venció el sueño. Echaba de menos a su marido. Echaba de menos su historia de amor. Y experimentó el miedo de la soledad hasta lo más profundo de su alma.

Temía la posibilidad del olvido de las pequeñas cosas a las que se había aferrado con tanta fuerza.

Cosas como lo que había sentido cuando su marido la había besado. El color de sus ojos mientras le había hecho el amor.

Una vez que concilió el sueño, soñó. Recordó a David en la distancia. Y vislumbró a John… tan cerca, real y lleno de vida. Y soñó con ella misma, llorando sobre las dos mitades de su corazón que sostenía, latientes y vulnerables, en las palmas de las manos.

–Está claro que vosotros sí sabéis cómo organizar una fiesta.

Ali se acercó a Peg y gritó para hacerse oír por encima del ruido de la guitarra eléctrica, un violín y el gemido del cantante que se desgañitaba con una canción alcohólica de Toby Keith.

–Un grupo estupendo, ¿eh? –replicó a voces Peg y le pasó a Ali una jarra de cerveza.

La gente reunida para su fiesta de recepción oficial de «Bienvenida a Sundown», el sábado por la noche, en el Dusk to

Down, seguro que lo pensaba.

La pista de baile estaba llena, así como la barra del bar y todas las mesas, repletas de vasos vacíos y bandejas de canapés.

Globos de colores amarrados con cintas igualmente llamativas se mecían suavemente en el aire. Una gran pancarta, colocada sobre la barra del bar, rezaba: *Bienvenida Doctora Samuels* sobre un fondo multicolor.

–Fíjate en ella –Peg, encantada, señaló a su hija Shelby mientras bailaba con su padre vestida con unas flamantes botas rojas.

–Se lo está pasando en grande.

Era algo generalizado. Al menos, eso parecía. Ali, de principio, se había negado cuando Peg la había informado de que la Asociación de Comerciantes de Sundown, que presidía su amiga Crystal Perkins, estaba planeando una fiesta de bienvenida en su honor.

No tenía ánimo para fiestas desde hacía mucho tiempo, pero quizás se había tomado la vida demasiado en serio en los últimos años.

Y allí, de pie en medio de tanta alegría, se alegró de que les hubiera permitido que siguieran adelante con su idea. Era bueno para la gente de Sundown. Y estaba comprobando que también era bueno para ella.

Había conocido más gente en las últimas dos horas de lo que hubiera imaginado en todo un año. Parecía que toda la población censada en Sundown, además de buena parte de los habitantes de todos los pueblos de alrededor, se había personado en la fiesta. Muchos le habían dicho que se pasarían por su consulta.

Pero todos no habían acudido a la celebración.

John Tyler no había ido.

Se dijo que se sentía aliviada. Su ausencia no suponía una decepción. Al contrario, facilitaba mucho las cosas. No quería someterse a un nuevo asalto.

Y sin embargo… incluso aunque resultara duro admitirlo… se sentía un poco defraudada. Quizás fuera un simple caso de vanidad.

Había transcurrido una eternidad desde que un hombre la había mirado como John lo había hecho.

Y si bien había sabido que no pasaría nada entre ellos, el interés que J.T. había mostrado había supuesto una inyección de orgullo.

El hecho de que todavía tuviera lo necesario para atraer a un hombre joven como ése… Bueno, era una sorpresa muy agradable y no tenía nada de malo, siempre que mantuviera la cabeza fría.

Y la excitación que había experimentado sólo probaba que estaba viva y seguía siendo plenamente humana.

–Hola, Doctora Bombón –Sam Perkins, marido de Crystal, un hombre gigantesco con una sonrisa perpetua, pasó el brazo alrededor de sus hombros–. ¿Qué tal va todo? ¿Está pasándolo bien?

–¿Doctora Bombón? –repitió Ali, disgustada–. ¿Es así como me llamas?

–Encanto, así es como la llaman todos los hombres –señaló Sam, el rostro en penumbra bajo el ala de su sombrero–. El doctor Sebring era un buen veterinario, pero los vaqueros no le sentaban tan bien como a usted. Sin ánimo de ofenderla, claro.

–No está ofendida –intervino Peg en nombre de Ali–. Sabe perfectamente que sois todos una panda de patanes que sólo sabéis juzgar a una mujer por su aspecto y no por su trabajo. Pero es demasiado educada para decíroslo.

–Creo que acaban de insultarme –dijo Sam sin perder la sonrisa–. Bien, doctora, ¿quiere bailar?

–Lo siento, pero no bailo –negó Ali con la cabeza, sonriente.

–Creo que eso está a punto de cambiar, querida.

–Muéstrales lo que vales, Ali –dijo Peg con una sonrisa.

–No tengo nada que enseñarles –gritó Ali, a medio camino entre el pánico y la risa, mientras Sam la arrastraba hasta la pista de baile.

Esa gente era muy divertida. Eran cálidos, atentos y peligrosamente divertidos.

Esa noche, por primera vez desde que había llegado a la ciudad llena de recelos hacia la vida salvaje de Montana y preguntándose, desde entonces, si había sido una buena idea, sintió un cierto espíritu de pertenencia.

John ocupó un taburete de la barra en la esquina más oscura del local, se inclinó sobre su cerveza y procuró que su fascinación por la invitada de honor no resultase demasiado obvia, pero… ¡Demonios!

Estaba fascinado.

Y parte de esa fascinación se debía a que, realmente, no sabía bailar. Esbozó una sonrisa. Resultaba entrañable. Carecía por completo de ritmo.

Era asombroso. Nunca había conocido a una mujer así. No sabía… bailar. Y él lo sabía. Se había colado en la fiesta media hora antes y, desde entonces, no le había quitado ojo a la buena doctora.

La torpeza de la doctora en la pista de baile suponía una mínima parte de su fascinación. Estaba seguro de que no había empeorado ni un ápice desde la última vez que la había visto, una semana atrás.

Había confiado en que se hubiera estropeado un poco o que su memoria le hubiera jugado una mala pasada, exagerando sus virtudes.

Así, al verla, habría asumido que no era tan guapa como su mente la recordaba ni sentía la atracción que había experimentado en un principio.

Y, de ese modo, podría apartarla de su cabeza porque la doctora insistía en que no estaba interesada en una relación.

Sólo había un pequeño problema. Él sí estaba interesado. Tanto que le había contado más de lo que hubiera querido durante su último encuentro, en su casa. Todavía buscaba una explicación.

No le había contado su experiencia en Afganistán. Eso nunca ocurriría. Era sólo que… bueno, había hablado mucho y eso le había sorprendido, nada más.

No había tenido reparos en hablarle de sí mismo. Y habría continuado si no hubiera comprendido que se había vuelto una cotorra.

Ella, por su parte, se había mostrado bastante reservada.

Pese a todo, cada vez que rechazaba la idea de que hubiese algo entre ellos, había muchas otras señales que indicaban lo contrario. Sólo que no quería admitirlo.

Él, por su parte, se sentía cada vez más dispuesto a convencerla.

Pero, por el momento, se contentaba con una cerveza mientras la observaba. Estaba despampanante. Llevaba una falda larga de vuelo que rozaba las puntas de unas botas nuevas cada vez que se movía y una camiseta de un amarillo pálido que dejaba los hombros y los brazos al aire.

Se había soltado el pelo. Era la primera vez que la veía así y le gustaba. No había imaginado que lo tuviera tan largo. La larga melena rubia le caía hasta la mitad de la espalda y las puntas se volvían hacía arriba en una suerte de rizo.

Tampoco se trataba de que su indumentaria fuera muy atrevida. Podría haberse vestido así para ir a la iglesia. Pero no pensaba en misa mientras la miraba, eso seguro. Sí pensaba en arrodillarse delante de esa mujer, pero no rezaría.

Cuando echó la cabeza hacia atrás y lanzó una carcajada por algo que Virgil Watson le susurró al oído, John perdió la cabeza. Nunca se había reído de esa manera con él. Y eso no sentaba bien. Nada bien.

La mirada clavada en ella, apuró la cerveza, cruzó la pista de baile y llamó la atención del afortunado que tenía a la doctora entre sus brazos.

–Ahora me toca a mí –interrumpió, atento a la expresión de la doctora.

–Vaya, J.T. –farfulló indignado Virgil–. El baile acaba de empezar.

–Ahora me toca a mí –repitió John, la mirada fija en Alison.

Era apenas consciente de la presencia indignada del vaquero mientras se alejaba camino de la barra. Estaba inmerso en la mirada de Ali. Tenía los ojos del color de la salvia, azul plateado con matices grises. Y, en ese instante, estaban atentos, sorprendidos y un poco nerviosos. Pero era un nerviosismo positivo. La clase de sensación que revelaba su satisfacción al verlo.

–Hola, doctora –saludó, con su sonrisa más seductora.

–Hola –contestó, amable y algo recelosa.

Se quedaron de pie, en medio de la pista de baile, rodeados por las parejas que giraban al ritmo trepidante de la música.

–Bueno –dijo Ali–, ¿querías bailar?

–¿Contigo? –sonrió y sacudió la cabeza–. No, señora. Eres, sin duda, la peor bailarina que he visto en toda mi vida.

Los ojos de Ali se ensancharon y, entonces, lanzó una carcajada. Era la reacción que John había sospechado, de modo que la tensión se derritió como el hielo en un cazo de agua hirviendo.

–¿Y por qué has intervenido?

–Era demasiado duro quedarme mirando. Vamos –dijo y,

tomándola de la mano, la arrastró hacia la puerta trasera–, quiero enseñarte una cosa.

–Escucha, John, no sé si debería marcharme. Han organizado todo esto por mí.

–No te preocupes. Sólo será un minuto. Estarás de vuelta antes de que puedan echarte de menos –aseguró.

–Bien. ¿De qué se trata? –preguntó, sin aliento, una vez que habían salido al exterior–. ¿Qué querías enseñarme, exactamente?

–El cielo –dijo y levantó la mano.

–¿El cielo? Sí, bueno –miró el firmamento y luego miró a John–. Ahí está, en efecto. Y no le falta de nada. La luna y las estrellas.

–Demasiado bonito para desaprovecharlo –apuntó.

Miró sus ojos cuando giró a Ali hacia él. Miró el efecto del reflejo de la luna en su rostro cuando la tomó en sus brazos. Observó el cambio en su expresión de la sorpresa al recelo y, gracias a Dios, a la ilusión.

–John.

Pese a que insistiera en que lo llamara J.T., le encantaba la manera en que pronunciaba su nombre. Adoraba el temblor en su voz, la falta de aliento. Y, en vez de tener en cuenta la leve sacudida de su cabeza, se aferró a la ilusión en su mirada y apretó su cuerpo con más fuerza.

–Haces eso muy a menudo, ¿sabes? –sentía su cuerpo cálido y suave–. Niegas de muchas maneras diferentes. Pero tus ojos… siempre dicen sí. Eso me ha traído de cabeza desde el principio.

Igual que la dulce presión de sus pechos y la respiración agitada que sentía contra su piel.

–Lo siento, doctora. Pero tengo que hacerlo –se disculpó y bajó la cabeza.

No había planeado eso cuando se había acercado a la ciudad. Tampoco lo había decidido cuando había arrastrado a la doctora fuera de la pista de baile. Sólo había sabido que deseaba volver a verla.

Y, una vez que lo había conseguido, sólo había pensado en quedarse a solas con ella. Y ahora que lo había logrado sólo había pensado en besarla.

¡Dios santo! Y, una vez que su boca había rozado esos labios, sólo se preguntaba cómo había tardado tanto. Mientras cubría su

boca sintió cómo ella se tensaba, luego se relajaba y respondía. Y supo que había hecho lo correcto.

Ella era demasiado sincera para oponer una falsa resistencia. Era demasiado femenina para ignorar su propio deseo.

Y, si bien él había tomado la iniciativa, ella tomó las riendas al instante y lo condujo a otro nivel hasta el punto de que estuvo cerca de que se le doblasen las rodillas.

En el primer momento, al rechazarlo, sus dedos se habían clavado en los músculos del brazo. Su cuerpo se había fundido en el suyo, aferrada contra él mientras se ponía de puntillas, profundizaba en el beso e incrementaba el contacto.

La presión de su cuerpo mientras buscaba una superficie de contacto más amplia creaba una fricción devastadora al tiempo que sus pechos se frotaban contra su torso y el vientre plano presionaba una erección que no trató de disimular.

Lanzó un gemido triunfal, levantó el cuerpo de la doctora del suelo y apoyó su espalda contra la pared del local en un gesto salvaje, loco por satisfacer tanto deseo latente. Sintió las manos de Ali en su cabeza y emitió un gemido que subió desde el pecho. Deslizó la lengua en su boca. Y el cuerpo se inflamó al instante.

Era como la seda, húmedo y caliente. Dulce y meloso. El contacto con su piel bastaba para que un hombre perdiera pie. Y cuando la lengua de Ali surgió para unirse a la suya, la erupción que se produjo en su bajo vientre inundó el aire de deseo.

Era el paraíso. Se sentía literalmente consumido. Ese calor. La salvaje respuesta de Ali había descabalgado su corazón y notaba cómo la sangre bajaba de la cabeza a su entrepierna.

Situó con firmeza su cintura contra ella, bajó una mano hasta su trasero y más abajo. Sujetó a Ali por la corva y aupó su cuerpo hasta que encajó sus piernas a la altura de sus muslos. Después deslizó la mano debajo de la falda.

Escuchó el jadeo de Ali y notó cómo se estremecía cuando entró en contacto con la piel desnuda, la puntilla de las braguitas de encaje. Y, de pronto, un intenso dolor en la cabeza cuando ella cerró los puños, agarró su pelo y rompió el beso con un tirón.

Capítulo Cinco

Ali, sofocada, se apoyó en el muro exterior del edificio y se bajó la falda. John Tyler, desencajado por el dolor, se cernía sobre ella.

–¿Por qué demonios has hecho eso? –gruñó mientras se frotaba la cabeza.

–Quería… quería que te estuvieras quieto.

Al menos eso habría sido lo más sensato.

Y por eso había tirado de él.

En el fondo había deseado que aquello continuase. Había querido que ese beso se prolongase eternamente y esa idea la había asustado.

–Diablos, cariño. Una sola palabra hubiera bastado. No hacía falta que me arrancases la cabellera.

–Lo siento –se disculpó.

Estaba avergonzada, sin aliento. Pero, por encima de todo, estaba excitada. Y eso era lo más preocupante.

–Tengo que irme –añadió.

Presa de un arrebato de pánico, volvió a toda prisa al interior del local. Y se encaminó directamente al servicio de señoras.

Abrió el grifo, dejó que el agua fría corriera sobre sus muñecas y luego se remojó la nuca. Finalmente, lanzó un suspiro y se miró en el espejo.

Tenía el aspecto de una mujer que había sido besada de un modo apasionado. Sus labios estaban hinchados. Tenía la mirada vidriosa, algo perdida.

Y estaba roja, igual que una adolescente que volviera de montárselo en el asiento de atrás de un coche.

Se sentía como una adolescente, enfebrecida por las hormonas y un corazón desbocado.

¿Qué le había pasado? Una cosa era que John la hubiera sorprendido con la guardia baja y la hubiera besado. Y otra, muy distinta, era que ella hubiera respondido a eso beso con tanto entusiasmo.

Y no había sido un beso cualquiera.

Experimentó una sacudida eléctrica desde la punta de los pechos hasta el bajo vientre cuando recordó el tacto de sus dedos sobre su muslo desnudo, debajo de la falda, en la frontera de su ropa íntima.

Apoyó las manos en los bordes del lavabo, hundió la cabeza y revivió el incidente.

No era propio de ella. No besaba a los hombres en plena noche.

Pero lo había hecho. No tendría que haberlo deseado. Pero, sin embargo,… lo hizo.

La inquietante certeza de que le hubiera gustado ir mucho más allá, algo que habría hecho contra el muro de un local de copas si no hubiera tenido un instante de lucidez, mortificaba a Ali.

Tenía que marcharse de allí. Tenía que refugiarse en su casa. Necesitaba meditar sobre lo ocurrido. Explicarse qué le estaba ocurriendo.

Pero, sobre todo, tenía que enfrentarse a la terrible sensación de que había estado a punto de cometer un acto de traición imperdonable.

Eran las nueve de la mañana del lunes, el termómetro ya marcaba más de veinte grados y se esperaba una máxima superior a los treinta y cinco grados.

El condado estaba en plena ola de calor del mes de junio, razón suficiente para que John decidiera que haría otro viaje hasta la ciudad de Sundown. Eso y una veterinaria rubia que lo había besado sin desmayo el sábado por la noche, antes de intentar despellejarlo vivo.

–Esa extensión de alambre en la cordillera norte no va a colocarse sola.

John sonrió ante el tono de desaprobación de la voz de Clive Johnson. La única manera en que podía saberse si su viejo y quejumbroso capataz estaba enojado con el mundo era a través de su tono de voz y del brillo de su mirada legañosa. Y, en ese momento, todo se sumaba en la expresión de Clive.

El buen hombre, soltero convencido, había sido capataz de su padre desde los tiempos en que los búfalos vagaban por las inmediaciones. De hecho, su aspecto recordaba el de uno de esos

animales. John estaba seguro de que su rostro se había petrificado muchos años atrás porque, desde que lo conocía, jamás le había sorprendido con un cambio de expresión.

–Mañana está previsto que refresque un poco –dijo cuando el viejo le clavó la mirada como si fuera un rayo láser–. Nos acercaremos temprano y arreglaremos esa valla.

–Sobre todo si hay un asunto de faldas de por medio –farfulló el anciano.

–Ya lo creo –John palmoteó en la espalda a Clive mientras ambos se dirigían hacia la furgoneta–. Deberías probarlo algún día. Mable Clemmons volvió a preguntarme por ti cuando pasé por la oficina de correos.

John sonrió y, después, soltó una carcajada cuando a Clive se le pusieron rojas las orejas.

–Las mujeres son unas entrometidas –masculló.

–Es posible, pero he oído que prepara un asado estupendo.

–Me las apaño perfectamente sin el asado de esa mujer, muchas gracias… igual que puedo pasarme tranquilamente sin esa bocaza tuya, muchacho.

–Eso es lo que te da vida. Así tienes algo de lo que quejarte.

Clive resopló y, al momento, dijo algo entre dientes. Divertido, John se sentó al volante.

–Tómate el día libre. Es una orden. Acércate a la ciudad. Tómate algo en el Dusk to Down con tus amigos y diles qué clase de inútil crió mi padre. Te sentirás mejor.

John sacudió la cabeza cuando Clive apenas gruñó una respuesta. Clive no pensaba eso de J.T., pero disfrutaba con una buena discusión tanto como una buena cerveza, en compañía de sus viejos camaradas, en el único bar y restaurante de la ciudad. El problema era que Clive no creía que necesitará esos descansos.

John pensaba de otro modo… sobre todo si se trataba de Clive.

–No es un crimen tomarte un descanso de vez en cuando. Diviértete. Yo pienso hacerlo –aseguró John.

Clive seguía de pie junto al remolque de la furgoneta, mirándolo, cuando John arrancó en el sendero de gravilla.

–Nos vemos –dijo en voz baja y pisó el acelerador a fondo.

Adoraba a ese viejo testarudo como si fuera de la familia y sabía que el sentimiento era mutuo.

También sabía que, si bien nunca le había explicado por qué se encerraba en su habitación algunas veces o cabalgaba durante días sin decirle nada, el viejo capataz nunca se había entrometido.

John respetaba esa actitud y agradecía esa distancia. Igual que él, por su parte, respetaba que Clive estuviera chapado a la antigua.

Sólo conocía el trabajo y sólo se sentía cómodo metido en faena. Trabajaban mucho juntos. Y habían trabajado muy duro. Pero el viejo vaquero había bajado el ritmo a causa de la edad y ahora le resultaba más sencillo a John proporcionarle una razón a Clive para que descansara.

El intenso calor era una razón más que suficiente.

Pensó que sería un día demasiado caluroso para el trabajo, para irse de pesca. Pero sería perfecto para pasarse por casa de su veterinaria preferida y analizar los efectos secundarios de ese beso que había inflamado su cuerpo tanto como el sol que golpeaba el techo de su furgoneta.

–Señoritas –se llevó la mano al sombrero y saludó a Peg y Ali desde la puerta del despacho de Ali.

Sabía, gracias a Peg, que Ali abría la consulta para atender casos de animales pequeños los lunes por la mañana. Había presumido que la encontraría. También sabía que Peg, debido a sus asuntos en la ciudad, solía quedarse para almorzar con Ali un par de días en semana. Había confiado en que ése no fuera uno de esos días, pero no había tenido suerte.

–Hola, J.T. –la mirada de Peg reflejaba su interés mientras pasaba de uno a otro.

–Hola –saludó Ali, presa de los nervios, y levantó un instante los ojos de su comida.

Sus reacciones, para una mujer que proclamaba que no estaba interesada en él, rozaban siempre los extremos. También John reaccionó a su modo. Y, en ese instante, optó por un significativo silencio.

Se había recogido el pelo en lo alto de la cabeza y se había hecho una sola trenza que caía hasta los hombros. Llevaba un estetoscopio alrededor del cuello. Vestía unos pantalones de trabajo caqui, una camisa a juego y deportivos. Una mirada prolongada confirmó que no llevaba una gota de maquillaje.

No había nada en su aspecto que desmontara esa fachada de

pulcra profesionalidad, salvo el profundo sonrojo de sus mejillas. Estaba claro que recordaba el beso que habían compartido la noche del sábado.

Nunca había visto nada tan atractivo en toda su vida. Tan dulce. Y cuando la sonrisa forzada de Ali vaciló entre la duda y la vergüenza, John supo que ella había pensado en ese beso tanto como él. Y eso significaba que había reflexionado mucho.

–¿Qué te trae por la ciudad, J.T.?

Peg quería arrancarle una respuesta que resultaba obvia. Sabía perfectamente qué le había llevado allí. La razón de su visita estaba sentada a su lado, incómoda y atenta. No importaba. Tenía un motivo.

–Mamá ha venido –se metió la mano en el bolsillo–. Me envió esto por correo electrónico ayer y lo he impreso para ti. Pensé que te apetecería verlo enseguida.

Dejó el paquete encima del mostrador. Tal y como había previsto, el recelo en su mirada dio paso a la ilusión. Ali se levantó, se limpió las manos en el pantalón y sacó las hojas.

–¡Son una maravilla! –exclamó, entusiasmada, mientras pasaba las fotografías originarias de la casa que John había impreso para ella–. Mira, Peg, son imágenes de mi casa. ¡Dios mío, fíjate en ésta! La vidriera de la entrada está intacta. Ahora puedo reconstruirla con fidelidad.

Peg, llena de curiosidad, se levantó y echó un vistazo por encima del hombro de Ali.

–Ha sido muy considerado por tu parte, J.T. –dijo con una resplandeciente sonrisa–. ¿Qué sacas tú con todo esto?

Ali levantó la cabeza. Sus ojos azules apresaron la mirada de John, indómita y algo cohibida. Volvió a sonrojarse de un modo tan dulce que John sonrió.

–Pastas –replicó, con la mirada fija en ella hasta que dibujó una leve sonrisa en la comisura de sus labios–. Creo que había unas pastas caseras sobre la mesa de apuestas.

–Así es –afirmó Ali–. Y me pondré con eso enseguida.

–Ya nos veremos, señoritas –dijo, feliz ante la chispa que había iluminado su mirada.

Si Peg no hubiera estado allí, habría reclamado un anticipo de la promesa de Ali. Y no habría exigido pastas, sino algo igual de dulce.

Pero se llevó dos dedos al sombrero, se despidió de Peg con una rápida mirada y salió por la puerta.

Ali estudió la receta y releyó la lista de ingredientes. Harina, azúcar, sal, huevos, mantequilla, avena, pasas y nueces.

–De acuerdo. Creo que será suficiente –se dijo, sacó un recipiente grande y una batidora–. El señor quiere pastas. Tendrá pastas.

Y se aseguró que no significaría nada mientras pesaba la harina. Había tenido un gesto amable con ella e iba a corresponderle.

Cocinaría pastas.

Se sorprendió con una sonrisa, desvió la mirada, recuperó el gesto serio y se puso manos a la obra.

Había prometido que le prepararía unas pastas caseras y cumpliría para que supiera que era una mujer de palabra.

Y así no tendría motivos para presentarse sin previo aviso para recordarle que le pertenecía.

O para besarla. Igual que la había besado el sábado por la noche.

Dejó escapar un hondo suspiro.

Y deseó, con todas sus fuerzas, que llegase a comprender qué le estaba pasando.

Pero no lo entendía, o no quería admitirlo, así que se concentró en la cocina.

Se ocupó en eso durante la noche. Era sábado por la noche. La noche que David y ella solían reservarse para ellos.

Incluso después de que la terrible herida de la pérdida hubiera cicatrizado, todavía tenía dificultades para sobreponerse a las noches de los sábados.

Su idea siempre había sido comportarse como si fuera otra noche cualquiera. Se había encerrado en una cápsula que anestesiaba el dolor para que el recuerdo no le afectase. Y algunas veces todavía funcionaba.

Esa noche, sin embargo, parecía diferente. Estaba segura de que si empezaba una botella de vino, tendría serias dificultades para refrenarse. Esa noche sentía el peso de la soledad como una losa… quizás porque John le había hecho comprender que ya no hacía

falta que pasase las noches sola.

No era una alternativa.

Así que horneó las pastas. Se encerró en la cocina para olvidarse de todo lo que echaba de menos y bloquear el vacío que amenazaba con apropiarse de su existencia si le franqueaba el paso.

Acababa de sacar la última hornada de pastas cuando llamaron a la puerta. Miró la hora. Eran casi las ocho de la noche. No esperaba visita. Y cuando se descubrió ansiosa porque fuera John, musitó algo entre dientes y se encaminó a la puerta.

Se secó las manos con un paño, cruzó el salón recién pintado y abrió la puerta.

Y allí estaba él. Un auténtico ídolo. Llevaba pantalones vaqueros ajustados, una camiseta negra ceñida al torso y el sombrero a juego. Las botas parecían nuevas. La sonrisa era un canto a la seducción y, naturalmente, estaba impresionante.

–Hola, doctora. He pensado que podía apetecerte tomar algo.

Bajó un poco los hombros, si bien su corazón se alegró en respuesta a su presencia. Rogó al Señor para que le diera fuerzas.

El olor que desprendía la bolsa de papel con comida del Dusk to Dawn hizo que su estómago despertara. No se había preocupado de prepararse la cena. La verdad era que no había tenido mucho apetito antes de que John se presentase en su puerta.

–¿Y bien? ¿Estás… hambrienta? –preguntó con una sonrisa cómplice.

–Eres el hombre más testarudo que conozco –dijo, apoyada en la puerta.

–Una cualidad entrañable, ¿eh?

–Esa no es la palabra que habría elegido –señaló con una inevitable sonrisa–, pero no pensemos en eso. ¿Qué llevas en la bolsa?

–Hamburguesas y patatas fritas –dijo–. No hay nada mejor en el condado.

–¿Sabes la cantidad de calorías que tiene eso? –preguntó.

–Suficientes para esclerosar las arterias de un pequeño ejército –meneó la bolsa debajo de sus narices–. Vamos. Arriésgate un poco.

Ya lo hacía, sin duda. Aspiró un momento. Y reprimió un gemido de placer.

–Estás deseándolo, ¿verdad?

–Sí –confesó–, es cierto. Y has llegado en un buen momento. Ya que estás aquí, podrás llevarte las pastas contigo.

–¿Has preparado mis pastas caseras? –dijo, agradablemente sorprendido.

–Ya te dije que lo haría.

–Sí, recuerdo muy bien lo que me dijiste –sonrió, malicioso.

Era incorregible. Acompañó a John hasta la cocina y señaló la encimera donde había dejado la bandeja con pastas para que se enfriasen.

–Echa un buen vistazo porque esas son las únicas pastas caseras que vas a sacarme.

–Creo que ya estamos diciendo tonterías –sonrió.

–Sí –admitió Ali–. Ha sido un día muy largo.

–Y tú estás muerta de hambre. Siéntate. Pondré la mesa. Por cierto, las pastas huelen de maravilla.

Señaló la bandeja con un gesto y aprovechó el movimiento para acercarse a ella.

–Y tú, también. Hueles a vainilla.

Confiaba en no haber pegado un salto cuando había arrimado una silla y se había sentado junto a ella. Pero era probable que hubiera dado un respingo, a tenor de la sonrisa engreída de John mientras sacaba de la bolsa una hamburguesa envuelta en papel, un paquete de patatas fritas y un refresco en vaso de plástico.

–La cena está servida –anunció.

La cena.

Otra vez se había salido con la suya, ¿no?

Había conseguido que cenase con él. Pero estaba demasiado hambrienta para asumir que había caído en su trampa. Sabía que manejarlo resultaba muy difícil, sobre todo desde ese beso tan aciago.

Un momento que recordaba mientras se duchaba, se lavaba los dientes o… bueno, a todas horas.

Y el tema que le suponía un mayor quebradero de cabeza era que, realmente, se alegraba de verlo.

Hacía que sintiera algo muy distinto al vacío.

¿Qué iba a hacer con ese hombre?

Ali sabía que era peligroso relajarse en compañía de John, pero, al final de la velada, se sentía muy cómoda y no notaba la necesidad de combatir ese sentimiento.

Tenía un talento especial para hacerla reír y olvidarse de los motivos por los que debería resistirse a sus encantos.

Habían despachado las hamburguesas y ella había empaquetado las pastas después de que John hubiera engullido media docena mientras le decía que se merecería otra hornada por haberle llevado la cena esa noche.

Ella no había aceptado ese razonamiento, pero se había divertido bromeando con él hasta que, sin darse cuenta, habían dado las diez.

John había insinuado su marcha, pero se había detenido en el porche delantero y no había seguido hasta la furgoneta.

El balancín del porche había resultado demasiado tentador. Se había sentado en un extremo y ella había ocupado el lado opuesto.

Estaba llena y demasiado relajada para mantenerse en guardia. También ayudaba que John estuviera contándole anécdotas de la vida en el rancho, siempre relacionadas con su capataz.

Ali había conocido a Clive la primera vez que había acudido al rancho.

–Creo que no le parecí del todo una buena veterinaria.

–Clive no está de acuerdo con casi nada –dijo con una sonrisa perezosa–. Así que no lo tomes en cuenta.

–Te preocupas mucho por él, ¿verdad?

–Sí. Es un viejo gruñón, pero forma parte de mi vida.

La cadena que sujetaba el balancín al techo crujió mientras se mecían suavemente.

–Podría arreglártelo –dijo mientras inspeccionaba la sujeción.

–¿El chirrido? No, me gusta. Me resulta… agradable.

Permanecieron en silencio un rato mecidos por el suave chirrido y la música del disco que Ali había puesto durante la cena. Estaba satisfecha.

–¿Qué disco es? –John inclinó la cabeza hacia la puerta con mosquitera–. Creo que nunca lo había oído.

–Norah Jones –apuntó Ali después de que el lector cambiase de compacto.

–Una voz de seda –comentó al cabo de un momento–. Sí… es

como el curso del agua sobre la seda. Me gusta.

–Una comparación muy acertada –asintió Ali en plena oscuridad–. Es muy dulce.

–Y esta canción es perfecta para un baile.

Ella se volvió y buscó su cara. Negó con la cabeza cuando interpretó sus intenciones.

–Oh, no. Ya me has visto en la pista de baile. Y recuerdo que disfrutaste diciéndome lo mal que lo hacía –señaló con la ceja levantada.

–No lo hacías tan mal. Sólo… vale, no puedo mentirte. Eres pésima –sonrió para quitarle hierro a sus palabras–. Ahora es el momento perfecto para solucionarlo.

–Otros lo han intentado.

–Yo no –se levantó y tiró de ella.

Ali todavía estaba rechazando la proposición cuando John la tomó entre sus brazos.

–Tranquila. Escucha la música. Y relájate. Siente el ritmo y relájate.

De acuerdo. Estaba pasando. Bailaba en la oscuridad, abrazada al cuerpo macizo de un vaquero que no ocultaba su deseo de acostarse con ella.

–Cierra los ojos –susurró y bajó la cabeza hasta que su aliento le cosquilleó el lóbulo de la oreja–. Y muévete conmigo. Ya nos preocuparemos por el juego de pies más tarde. De momento, suelta el aire que retienes y déjate llevar.

Dejarse llevar, claro. Eso suponía un largo camino si la sangre que vibraba en sus venas servía como señal.

Cada punto de su cuerpo en que sentía la presión contra el cuerpo de John aceleraba el flujo sanguíneo.

Su aliento, una caricia que se deslizaba junto a su sien, alimentaba todos sus fluidos internos.

La parte frontal de sus muslos rozaba las piernas de John, fibrosas y tensadas. Sus pezones friccionaban el torso y se endurecían, punteados por leves sacudidas de placer.

Y las manos… Señor, había juntado las manos en el bajo de su espalda y ejercían la presión más exquisita que había sentido jamás.

Una corriente. La única cosa que no circulaba en su interior era un pensamiento razonado. Pero, en ese momento, no podía

prestarle mucha atención.

La música sonaba suave y ligera. La pareja era fuerte y esbelta. Y la envolvente sensación de sentirse en brazos de un hombre, acariciada y mecida suavemente al ritmo sensual de la música, resultaba confortable y, más aún, abrasadora.

John la conducía con tanta intimidad, sin esfuerzo, que sentía perfectamente cada pequeña diferencia y cada similitud entre ellos. Era muy alto y ella era pequeña. Era fuerte y ella era menuda. Pero corrían ríos de vida por sus venas.

Una pasión que encendía sus corazones, tensaba sus músculos y animaba cada punto de sus cuerpos en que se libraba una batalla entre la capitulación y el rechazo.

El aroma de la noche a madreselva y salvia se mezclaba con el olor de su piel, que había identificado como una cautivadora mezcla de almizcle, cuero y algo único.

Ahora sentía como algo normal moverse al compás de la música, entre sus brazos, en mitad de la noche. Lograba que le resultase sencillo desplazarse adelante y atrás en un ritmo lento, circular.

Parecía fácil perderse en la intensidad del momento. Y parecía más fácil todavía imaginarse otros momentos. Esos momentos que tanto echaba de menos y que John deseaba.

Esos que no tenía el valor de recuperar.

–Eso es –susurró–. Ya lo tienes. ¿Lo sientes?

Todo. Sentía absolutamente todo.

Incluso remordimientos porque hubiera logrado con tanta facilidad que ansiara algo que ella había imaginado que nunca más anhelaría.

–Ya lo tienes. Es sencillo, ¿eh?

Ella no podía responder. No quería escuchar su propia voz, en la oscuridad, delante del hombre que quería que se liberase de la armadura a la que se había aferrado con la fiereza de un guerrero.

Recuerdos. Promesas. El hombre que había hecho de ella una mujer. Una esposa.

–Se… se está haciendo tarde –dijo, separándose de él.

Y sintió un repentino escalofrío pese al calor que todavía flotaba en el aire después de una jornada de intenso verano.

John no dijo nada durante un tiempo. Se quedó quieto. Ella notaba su mirada en lo alto de su cabeza. Notaba la decepción en el

aliento que marchitaba su mejilla.

–Bien –dijo con determinación–. Será mejor que me vaya para que puedas acostarte.

Ella le ofreció una sonrisa forzada y se llevó las manos a la cintura.

–No olvides las pastas –dijo.

–Nada de eso –señaló con media sonrisa–. Ya nos veremos, doctora.

Bajó los escalones del porche y se dirigió a la furgoneta.

–Gracias por la cena –dijo y se apoyó en el poste.

John, sin volverse, se llevó la mano al sombrero y siguió su camino.

Y eso mismo hizo su corazón.

Recordándole, una vez más, que seguía viva.

Y cómo John hacía que se sintiera cada vez más viva.

Capítulo Seis

–Es más complicado de lo que parece –insistió Ali, al lunes siguiente, cuando Peg se presentó para el almuerzo.

–No hay nada de malo en un poco de sana lujuria –apuntó Peg mientras pinchaba un bocado de ensalada.

No había tenido ninguna intención de contárselo a Peg pero, al final, había caído por su propio peso.

¿Qué sentido tendría ocultárselo?

El día de la fiesta de bienvenida y, más adelante, cuando John se había presentado en su casa con una sonrisa cómplice para hablarle de las pastas caseras, Peg había intuido sin demasiada dificultad que había algo entre ellos.

–Espera un momento. Te besó, ¿verdad?

–Sí, ya lo creo –había confesado Ali.

A continuación, había narrado la secuencia completa de acontecimientos hasta la noche en que John se había presentado con la cena y le había enseñado a bailar en la oscuridad.

No había asumido la necesidad que tenía de expresarse. Ahora no podía parar.

–El caso es que me desconcierta sentirme tan atraída por él –confesó–. La verdad es que me sorprendería sentirlo por cualquier hombre.

–John no es un hombre cualquiera.

–Dímelo a mí. Según tú propia definición es peligroso, libertino y… bueno, no debería gustarme, pero me gusta. Y no quiero que eso siga.

Peg cambió de expresión, pero Ali prosiguió su discurso.

–En primer lugar, es demasiado joven. Eso es un hecho. Además, no es mi tipo. Pero, sobre todo, no busco una relación.

–¿Pero? –preguntó Peg, consciente de que había un inconveniente.

–Bueno, hace que sienta cosas y… –lanzó un penoso suspiro–, no sé cómo manejarlo.

–¿Qué, exactamente?

–Eso. Todo.

Se quedó callada un instante mientras miraba el sándwich de jamón que se había preparado esa mañana. Ahora, sin embargo, había perdido el apetito.

Se levantó, metió las manos en los bolsillos y observó la calle principal desde la ventana. Una hilera de furgonetas se alineaba en dirección sur cerca del almacén donde estaba celebrándose una subasta de herramientas.

–Ya sé que te parecerá típico, pero algo murió dentro de mí cuando David falleció. Estaba enamorada de ese hombre. Era mi mejor amigo, firme y equilibrado. Crecimos juntos. Vivíamos puerta con puerta. Nuestros padres eran inseparables. Formaba parte de todos mis recuerdos hasta hace cuatro años. Y nunca, en este tiempo, había sopesado la posibilidad de comprometerme con otro hombre.

–Creías que sería una traición –señaló Peg con amabilidad.

–Sí –Ali se volvió ante la perspicacia de su amiga–. Me parecía una traición.

–¿Crees que David querría que te quedaras sola?

–No se trata de eso –sacudió la cabeza–. Se trata de lo que yo quiero.

–¿Y qué quieres, encanto?

–Quiero hacer bien mi trabajo –dijo con la mirada en el techo–, asentarme y tener una vida propia.

–Y, sin embargo, John te recuerda que tienes necesidades que no has considerado en esa ecuación.

Cerró los ojos. Notó una sacudida de deseo sexual en todo su cuerpo.

–¿Crees que será efecto de la edad? –preguntó de pronto–. Ya sabes, he leído que las mujeres alcanzan el punto álgido de su deseo sexual cerca de los cuarenta. ¿Crees que se trata de un tema puramente hormonal?

–Bueno –asintió Peg, comprensiva–, si buscas una excusa, supongo que es tan válida como cualquiera.

–No busco una disculpa –se defendió Ali–. Busco una explicación.

–Creo que, en el fondo, buscas la absolución –apuntó Peg.

Ali quería rebatirla, pero prefirió que Peg terminase su argumentación.

–Creo –continuó Peg– que eres una mujer atractiva, sana y muy sensual que, en algún momento de tu vida, decidiste que ya no te correspondían esos atributos. Y estabas satisfecha con esa posición hasta que apareció J.T. y te replanteaste algunas cosas.

–No he vivido en el vacío, Peg. Han existido otros hombres que me han demostrado su interés. Y no tuve estos problemas con ellos.

–Quizás no estuvieras preparada. O puede que no se parecieran a J.T.

El teléfono sonó en ese momento y zanjó la discusión. Ali tenía que marcharse para atender un potro con cólico. El viaje hasta la finca de Lee y Ellie Savage le dio tiempo para reflexionar.

–Como si no hubieras pensado en ello día y noche –murmuró para sí cuando enfiló el sendero de gravilla que llevaba al Rancho Shiloh.

El resto del día estuvo demasiado ocupada para pensar en nada relacionado con John. Una vez que recuperó al potro de la familia Savage se dirigió a casa de los Granger, al otro lado del condado, para unos análisis del ganado que debía llevar al laboratorio del estado.

La verdad era que tenía un montón de paradas previstas para la tarde.

Ya había anochecido cuando llegó a casa. Y, cuando se acostó, estaba demasiado exhausta para pensar en nada.

Pero eso no le impidió soñar. Y no soñó con David, tal y como le había ocurrido tantas veces desde su desaparición.

Soñó con John Tyler. Soñó con el beso, la sensación que le había producido y la necesidad que había despertado en su interior.

A la mañana siguiente, tumbada en la cama y afectada por la viveza de su sueño, se preguntó si Peg no habría acertado.

Quizás estuviera buscando la absolución. Quizás estuviera pidiendo permiso para volver a sentirse una mujer y revivir la intensa experiencia del placer físico en brazos de un hombre más joven.

Y eso sería lo único que habría entre ellos. David había sido su único amor. No pensaba que pudiera encontrar lo que había hallado con David junto a otro hombre.

Un romance.

Se sentó en la cama y apoyó los puños cerrados en el colchón, junto a las caderas. La idea parecía tan descabellada que no encontraba palabras para explicarlo. Y, sin embargo… John Tyler había excitado su fantasía y había conducido sus pensamientos en esa dirección

Era ridículo. Sería demasiado complicado. Sentía tanta culpabilidad sólo con pensarlo que dudaba que pudiera disfrutarlo si osaba dar ese paso.

¿Y cuándo había empezado a considerarlo como una simple posibilidad?

Justo en el momento en que John la había besado contra el muro del local. Y, desde ese momento, sólo pensaba en lo que sentiría si volvía a besarla.

Y la noche en que se había llevado las pastas, sin despedirse con un simple beso en la mejilla, y ella se había aferrado al poste del porche para refrenarse en vez de perseguirlo e implorarle que volviera a besarla.

Si no volvía a besarlo, tenía la inquietante sensación de que le entraría miedo.

–Está bien, ¿eh?

Ali frunció el ceño a Peg y luego dirigió una abierta mirada hacia John. Éste, acompañado por Cutter y Lee Savage, estaba de pie junto a la barbacoa y reía junto a sus dos amigos.

–Define eso de bien.

Peg rió y le entregó platos y cubiertos.

–Estás haciéndolo muy bien. Pon la mesa. Así estarás ocupada y harás algo con las manos en vez de retorcértelas.

Ali tenía una cita. Bueno, no era un cita formal, pero eso no cambiaba el hecho de que estuviera en el mismo sitio que John y que hubiera aceptado la invitación para reunirse en casa de Peg y Cutter, consciente del motivo de ese encuentro.

–Será perfecto –le había asegurado Peg cuando había llamado para invitarla–. Estaréis John y tú, Cutter y yo, y también llamaré a Lee y Ellie Savage. Será el viernes por la noche. Haremos una barbacoa. Será una reunión de amigos y así tendrás la oportunidad

de conocerlo mejor.

–No quiero conocerlo mejor –había dicho con amargura–. Quiero acostarme con él.

–¡Vaya! –Peg había soltado una risa franca–. Está claro que cuando decides pasar página, lo haces a lo grande.

–Sólo era una broma.

–No, no lo era.

Por desgracia, Peg había estado en lo cierto. Y ella se había visto forzada a admitirlo en los momentos de mayor cordura.

Pero ahora pensaba que no había estado muy lúcida cuando había aceptado la invitación mientras colocaba los cubiertos y evitaba la mirada de John.

Las segundas intenciones habían emergido en su cabeza en cuanto había escuchado el mensaje de sus hormonas y ahora estaba asaeteada.

Era agotador.

No había prestado tanta atención a su aspecto físico en años. Y no había estado tan nerviosa en décadas. Quizás desde el instituto, algo que tenía sentido puesto que cada vez se sentía más próxima a una adolescente.

Levantó la vista hacia los hombres y se quedó sin aliento cuando asumió que John estaba mirándola. Parecía serio mientras evaluaba lo que veía.

Y cuando sus ojos marrones, cálidos como chocolate caliente, se clavaron en ella y esbozó una sonrisa íntima, el corazón de Ali se inflamó.

No era precisamente una gran nadadora y, mientras ponía la mesa para el picnic y apartaba los ojos de esa mirada tan ardiente como el sol de junio, tuvo una imagen nítida de sí misma en un remolino de agua, hundiéndose irremisiblemente.

¡Dios santo! ¿En qué había estado pensando?

John, mientras departía animadamente con Cutter y Lee, apuraba la cerveza y vigilaba cada movimiento de Ali con disimulo. Su mente no estaba procesando lo que estaban contando los otros hombres. La doctora ocupaba todos sus pensamientos.

Sentía curiosidad ante el hecho de que ella, entre todas las

mujeres, se hubiera grabado a fuego en su cabeza. Era una mujer preciosa, desde luego. Pero conocía muchos otros bombones que hubieran aceptado su invitación para el cine o una cena íntima.

Y, en última instancia, ninguna había intentado arrancarle la cabellera. Claro que tampoco le habían preparado unas deliciosas pastas caseras.

Estaba fascinado por Ali. Había ocurrido algo inquietante cuando la había abrazado la otra noche en el porche de su casa. Una sensación abrasadora que había recorrido su cuerpo como un chispazo.

Había sentido que poseía un trozo de paraíso entre sus brazos, y la mirada de Ali cuando se habían separado lo había cautivado. Desprendía deseo, necesidad, carencia. También rechazo y pánico. Ella lo deseaba con la misma intensidad que él la deseaba a ella. Pero luchaba contra ese impulso.

Y parecía que persistía en la lucha. Cada vez que posaba sus ojos azules sobre él y lo veía, apartaba la vista. No le importaba. Así tenía más tiempo para contemplarla.

Se había vestido con ropa ligera. Tan sólo llevaba una camiseta azul cielo que dejaba entrever su piel a la altura de la cintura, donde se juntaba con los vaqueros cortos. Unas sandalias de cuero sonaban cuando caminaba y enfatizaban sus maravillosas piernas. La verdad era que siempre resultaba atractiva.

–Pareces sediento, J.T. ¿Quieres otra cerveza?

La sonrisa irónica de Cutter dejó claro que sabía qué clase de sed lo consumía. Y la cerveza no saciaría esa sensación.

–Una cerveza me iría de maravilla –dijo, reacio a discutirlo con Cutter, y se acercó a la nevera portátil–. ¿Te apetece una, Lee?

–Gracias –dijo Lee y tomó la cerveza de manos de John–. ¿Qué hay entre Alison y tú?

Parecía que ambos estaban decididos a amargarle la noche. Al menos, parecían dispuestos a intentarlo.

–No sé de qué estáis hablando –mintió y apretó los labios.

–En ese caso, será mejor que cambies de registro porque eres la viva imagen de un hombre que bebiera los vientos por ella –señaló Lee tras unos segundos.

¿Acaso saltaba a la vista con tanta claridad? Eso parecía, a tenor del modo en que sus dos compañeros sonreían.

–Siento mucho desilusionaros, muchachos, pero la doctora y yo sólo somos amigos.

–Eso será porque la doctora lo mantiene a raya –dijo Cutter mientras se servía una chuleta y sonreía a Lee–. No es lo mismo enfrentarse a una mujer con clase de la ciudad que apuntarse los tantos con las chicas del condado que suspiran por el soltero de oro.

–Supongo que no pueden conquistarse todas –añadió Lee.

–Os creeréis muy graciosos –dijo John sin morder el anzuelo–. Os fastidia perderos los placeres de la vida de soltero. Ese es el problema de los hombres casados. No soportáis que los solteros nos divirtamos. Pero me gusta mi vida tal como es. Me gusta vivir sin ataduras, no como otros que no mencionaré.

–Es tu historia y puedes escribirla como mejor te parezca –dijo Lee, imperturbable ante el ataque de John–. Pero si tuviera que apostarme algo, diría que no te satisface esa relación de simple amistad de la que presumes.

Sería fácil permitirles fastidiarlo, sobre todo porque tenían razón. No era feliz. Pero sabía algo que ellos ignoraban. Sabía cómo había reaccionado la doctora cuando le había besado. Sabía cómo se había derretido entre sus brazos al compás de Norah Jones. Así que esa amistad se transformaría en algo mucho más placentero muy pronto. Esa noche había acudido a la reunión, ¿no? Eso significaba algo.

Pero sus amigos estaban muy equivocados con respecto a sus intenciones. Intentaría ganarse a la buena doctora, desde luego y trataría de pasárselo bien durante el proceso, pero conocía sus límites.

Ninguno de sus amigos ni su familia conocían la parte de su personalidad que había emergido tras su paso por Afganistán. De ninguna manera presentaría esa faceta de su vida a una mujer como Alison. Y no se abriría al escrutinio público.

Sí, tenía miedo de que lo desenmascararan. Temía que descubrieran que era un fraude. Los psiquiatras podrían hablar sin parar acerca de que los traumas emocionales podían resultar tan dañinos como las heridas físicas, pero sólo eran bobadas. Tenía todos sus miembros. Estaba vivo. Y tendría que sentirse agradecido en vez de acobardarse cada vez que los recuerdos lo trasladaban al pozo negro del abismo… durante varios días.

–¿Hay algo que te gustaría compartir con nosotros, J.T.?

John se alejó de allí con una sonrisa tensa.

–Hola, Shelby –dijo al reunirse con la hija de los Reno–. ¿Qué tal estás, preciosa? Sí, ya te veo, compañero.

Y se volvió con una sonrisa hacia el pequeño Dawson que, a sus dos años, avanzaba hacia él con paso inestable mientras repetía su nombre.

–Puedes correr, pero no puedes esconderte –escuchó la voz de Cutter.

Sí, podía hacerlo. Tomó al pequeño y lo aupó por encima de la cabeza hasta que el niño soltó una carcajada de felicidad. Había corrido y se había escondido durante todo un año y no cambiaría de táctica.

Era su estrategia para mantenerse en forma. Así se sentía vivo.

–Nunca me acostumbraré a este cielo –dijo Ali, reclinada en una butaca en el patio trasero de la casa de Peg–. Es algo increíble, noche y día.

–Sí, es todo un cambio con respecto al cielo de la gran ciudad –asintió John y se sentó a su lado en una tumbona–. Es una de las cosas que más eché de menos cuando… cuando me marché.

La oscuridad era tenue y el firmamento parecía un tapete de terciopelo negro inundado de estrellas. La luna llena presidía la escena en toda su grandeza.

Pese al estado de nervios que había soportado toda la velada debido a la tensión que existía entre ellos, Ali se benefició de la belleza de la noche para calmarse.

Y lo consiguió. En parte.

Los Savage se habían despedido hacía unos minutos. Y Peg y Cutter se habían retirado para acostar a los niños. Su salida de escena había resultado un tanto artificiosa, claramente instrumentada para que Ali y John se quedaran a solas por primera vez durante la noche.

Había agotado todos los temas de conversación. Y necesitaba que la charla mantuviera ese tono intranscendente y benigno. Ya habían hablado de los niños de la familia Reno, el embarazo de Ellie y la fusión de Cutter y Lee en el negocio del ganado. Luego

habían recurrido al clima y la economía. Pero todos esos caminos se habían agotado y ya sólo restaba la evidencia de que estaban a solas.

Sí, allí estaba ella. Y había accedido a someterse al juego de Peg para quedarse a solas con John.

Pero había sido mucho antes de que tuviera que enfrentarse a la realidad de esa situación. Ahora era demasiado tarde para lamentarse.

No podía creerse que se hubiera metido ella sola en la boca del lobo.

–¿Puedo preguntarte algo, doctora?

El corazón de Ali aumentó el ritmo de sus latidos cuando la voz profunda de John quebró el silencio. Notó su mirada sobre ella, interrogativa.

–Claro.

–Estaba preguntándome… ¿esto es una cita?

La franqueza de la pregunta no le sorprendió.

No era ningún estúpido. Ella, en cambio, era estúpida y estaba avergonzada.

¿Era lógico que una mujer de cuarenta años se sintiera de ese modo? ¿Nerviosa, confusa y poseída por una tensión sexual que la obligase a aferrarse a la butaca para que no se notase el temblor en sus manos?

–¿Ali?

–¿La gente todavía hace esas cosas? –preguntó tras un largo suspiro–. ¿Citarse?

–Algunos lo hacen, sí –señaló mientras estudiaba sus rasgos.

–Bien –dijo, consciente de que no tenía sentido ignorarlo por más tiempo–. En ese caso, supongo que esto es una cita.

–Interesante –afirmó tras un significativo silencio.

–Eso pensaba yo también –dijo con la mirada fija en el cielo.

–¿Eso significa que estás sopesando la posibilidad de una cena? –preguntó con la voz dulce y seductora como la noche.

Era un eufemismo que no desentonaba con ellos.

Sólo con mirarlo sentía un apetito tan intenso que le dolía. Pero se enfrentaba a la gran pregunta. Sabía que John se refería a una cena completa, por decirlo así.

–El jurado sigue deliberando –apuntó.

Era la verdad y sentía que John tenía derecho a saber que estaba considerando la posibilidad de un lío amoroso.

El corazón le dio un vuelco ante la idea de un romance.

John se inclinó hacia delante, apoyó los codos en las piernas separadas y contempló sus manos entrelazadas.

–Al menos no me han sentenciado a la horca todavía –dijo.

–La ley de la frontera –apuntó Ali con una sonrisa–. Sencilla y eficaz.

–Esto, entre tú y yo, también podría simplificarse mucho

Su mirada sostuvo la mirada de ella.

–Tú estás complicándolo. Vamos, doctora, sabes que pienso que eres una mujer increíble. No pretendo que nos conozcamos mejor ni nada de eso.

Ella sabía que llevaba razón. John levantó una mano y se señaló a sí mismo.

–Y yo sólo soy un vaquero. Bueno para una noche. Es todo lo que necesito para sentirme feliz. ¿Qué tendría de malo?

–Nada –dijo ella–. Siempre que seas tú.

–¡Ah! –asintió con un gesto–. Pero tú no eres como yo.

–En absoluto.

–Pero te gustaría –concluyó, asintiendo con la cabeza para reafirmarse–. Al menos, te gustaría parecerte un poco más a mí.

Podía mentirle. Pero no tendría mucho sentido.

–Es posible. Sí. Me encantaría saber qué se siente al hacerlo sólo por el placer de pasarlo bien una noche. El problema es que eso me colocaría en una posición diametralmente opuesta a mi forma de ser.

–Bien –dijo con calma–, empecemos por ahí. ¿Quién eres tú, Alison Samuels? ¿Quién eres si no te permites algo que deseas? ¿Y por qué lo rechazas? ¿Acaso te asusta? ¿Te doy miedo?

–No te andas con rodeos, ¿verdad?

–La vida es corta –se encogió de hombros–. ¿Qué sentido tendría?

La vida era corta. Ella lo sabía mejor que nadie. ¿Estaba tan presionada por el pasado que renunciaría a la experiencia que le ofrecía John Tyler?

¿Sería tan terrible que permitiera a ese hombre aliviarle un poco la pena? ¿Dejarle que llenase un poco el vacío de su vida? Ambos

sabían que sería algo breve. En ese momento comprendió, sentada junto a ese hombre tan apuesto que había mostrado claras sus intenciones, el origen de su miedo.

No podía permitirse enamorarse nuevamente porque el dolor de la pérdida le resultaría intolerable.

Pero podía sentirse atraída, ¿no? Podía divertirse un poco, ¿verdad?

–Puede que me asustes un poco –dijo, sorprendida ante su propia audacia–. Quizás la idea de cenar contigo me asuste. Pero quizás haya alcanzado un punto en mi vida en el que comparto tu filosofía y me gustaría ponerla en práctica.

–Pero todavía no has podido superar ese miedo.

–Estoy trabajando en ello.

–¿Qué puedo hacer para que te pases definitivamente a mi lado? –preguntó con una sonrisa curiosa–. Ambos tenemos unas necesidades parecidas. Creo que la solución sería muy sencilla. Salvo que tu idea de la sencillez consista en una vida tranquila, monótona y segura. Nada de aventuras en el lado salvaje porque eso podría resultar demasiado peligroso.

John seguía sorprendiéndola. Era inteligente y perspicaz. Se rió porque no encontró otra salida.

–Cualquiera diría que me has analizado a fondo.

–Espero que no –dijo con lástima–. Eso acabaría con toda la diversión.

–Dime lo que ves, pese a todo –apuntó ella, animándolo–. Creo que podré soportarlo.

–Veo a una mujer preciosa e inteligente que se toma demasiado en serio –apuntó, girado hacia ella–. Necesitas liberarte un poco, doctora. Vives fuera del mundo.

Parecía que la hubieran golpeado en la cabeza con un ladrillo.

Tenía razón. Había permanecido al margen de la vida real desde que David había muerto. La vida había resultado demasiado dolorosa.

Ahora, en cambio, se hacía intolerable quedarse por más tiempo al margen.

–No veo que tú me ofrezcas muchas garantías.

–¿Quieres garantías, encanto? Eso no va a pasar en esta vida. Ahí radica el riesgo y, también, la recompensa.

–Y alguna de las razones por las que le he dado la espalda a ciertos… aspectos de mi vida –admitió por primera vez, amparada en la franqueza de John–. Quizás me hayas convencido para que vuelva a plantearme algunas cosas.

–¿Cosas? ¿La cena? –inquirió con una sonrisa.

–Sí, por ejemplo. ¿Por qué no vuelves a pedírmelo? Ya veremos qué pasa de ahora en adelante –señaló.

–No estarás citándome para un nuevo plantón, ¿verdad? –entrecerró los ojos con expresión divertida–. Hasta ahora sólo me he llevado un montón de chascos. Y eso por no mencionar que casi me arrancaste la cabellera.

–Lo siento de veras. Fue instintivo. Creo que me entró pánico.

–¿Y ahora? ¿Ya no tienes miedo?

–Yo no diría eso, precisamente –soltó una carcajada.

–¿Y qué dirías?

–Diría que, si tú no vas a pedírmelo, tendré que hacerlo yo. ¿Te gustaría que cenáramos juntos alguna noche?

–¿Estás segura? –preguntó él, tras un silencio.

–No del todo –admitió–. Pero sí sé que has emborronado algunas de las reglas que había escrito en mi libro de conducta.

–Gracias a Dios –resopló con suavidad–. Tú también has conseguido que me preguntase acerca de algunos de mis principios más firmes.

–¿De veras? –preguntó algo sofocada, mientras John se levantaba y apoyaba la cadera en la butaca donde estaba sentada.

Ali le dejó sitio y dobló las rodillas contra su pecho. El hombre no perdió el tiempo. Anticipó el terreno peligroso en el que se aventuraba cuando cubrió con la palma de sus manos las rodillas de Ali.

–Sí, en serio –susurró.

Se inclinó y recorrió con su mano la cara externa del muslo hasta que sujetó su cintura.

El nivel de sensibilidad de toda su piel se incrementó tanto que notó completamente abiertos los poros.

–¿Qué te parece? –preguntó con su aliento a pocos centímetros de sus labios–. ¿Te gustaría que nos saltásemos unas cuantas reglas más?

Capítulo Siete

La verdad era que ya había emborronado buena parte de su programa, pero ella lo había propiciado y ahora no podía echarse atrás. Y quizás, sólo quizás, otro beso rompiera la magia del primero y les demostrara que no existía realmente una atracción irresistible entre ellos.

Claro que no albergaba muchas esperanzas al respecto. De hecho, estaba bastante segura de que otro beso aumentaría la intensidad de su deseo.

Sentía la tumbona mullida en la espalda. La mano de John se deslizaba hasta su cintura con firmeza y cierto grado de posesión. Y su aroma llenaba sus sentidos mientras aguardaba su siguiente paso.

Suponía que tendría que decir algo… algo seductor e inteligente que reduciría la tensión del momento, dejándola en lo que era… un simple beso. Pero nunca se había sometido a esa clase de juego.

Quizás la seducción fuera algo natural para John, pero ella nunca había practicado. Debió emitir algún sonido porque notó la caricia de los labios de J.T. en su boca.

–Tomaré eso por un sí –susurró.

La boca de John su unió a la suya en una sonrisa. Una caricia dulce y excitante. Ella apoyó las manos en su pecho, ascendió hasta la nuca y tiró de él.

Y, de pronto, notó cómo la rodeaban sus brazos, aupándola del respaldo y apretándola contra su cuerpo mientras emitía sonidos de satisfacción. Lanzó un gruñido que surgió del fondo de su garganta mientras separaba los labios y se entregaba a un beso que, directamente, volatilizó todas las fronteras.

Demasiado bueno para que rebajase la tensión.

La presión de su cuerpo contra ella trajo a su memoria ese primer beso y años de deseo reprimido en una mujer que había echado de menos el contacto con un hombre que la deseara.

Notaba el vello en su nuca como una suave pelusa y la piel cálida. Su respiración, que recorría su mejilla según cambiase el

ángulo, se notaba agitada.

Ali absorbía cada sensación con frenesí. Pero, por encima de toda otra consideración, prevalecía la increíble sensación de sentirse abrazada por un hombre viril, un hombre joven arrebatado por el deseo.

El sonido de un portazo en la oscuridad sobresaltó a Ali.

John se puso tenso, pero permaneció quieto. Soltó el aire despacio y se separó.

–Creo que alguien nos ha dado un aviso –murmuró y apoyó su frente en la de ella–. Creo que tendremos compañía en breve.

La tensión de sus hombros y sus dudas al incorporarse se contradecían con su fácil sonrisa. Se levantó y la dejó en la tumbona, temblorosa y presa del ansia.

Cada zona erógena de su cuerpo amenazaba con el colapso.

–¿Ya has conseguido que se duerman? –oyó decir a través del zumbido de sus oídos.

–Ya están dormidos –la voz de Peg sonó con nitidez en el momento en que ella y Cutter llegaban ya junto a ellos.

–Creo que es hora de que yo también me retire –dijo John.

–Es viernes por la noche –protestó Peg–. ¿A qué viene tanta prisa? Pensaba que podíamos abrir una botella de vino y charlar un rato.

–Lo siento, preciosa –Ali vio cómo John negaba con un gesto–. Clive ha planeado una intensa jornada de trabajo para mañana. Y si no ensillo mi caballo a las cinco de la mañana junto a él, sería capaz de marcharse solo.

–Yo también debería marcharme –apuntó Ali, agradecida porque la noche ocultase el rubor de sus mejillas.

–Estupendo –Peg hizo un puchero–. Y yo que pensaba que la noche no había hecho más que empezar.

Cutter agarró a su mujer y le susurró algo al oído que provocó la sonrisa de ambos.

–Bueno, si tenéis que iros –apuntó Peg–, tenéis que iros.

–Vámonos, Ali. Creo que, después de todo, nuestra compañía no les hace tanta falta –dijo John con una sonrisa–. Gracias, chicos. Ha sido una velada perfecta.

–Sí, ha sido estupendo. Te veo el lunes para el almuerzo, Peg.

–Cuenta con ello –replicó, con la expresión iluminada por la

curiosidad.

–Vamos –John le tocó la mano y salieron de la casa–. Te acompaño al coche y luego te seguiré hasta tu casa para asegurarme de que llegas bien.

–No tienes por qué hacerlo.

–Pero me gustaría –dijo y, satisfecho, se montó en su furgoneta.

A lo largo del camino, seguida por las luces del coche de John, Ali se preguntó qué ocurriría cuando llegasen a su casa.

¿Debía invitarlo a entrar?

No, no debía.

Eso fue lo que le dijo su parte cobarde.

Tal vez, ni siquiera quisiera entrar. Al fin y al cabo, sólo estaban hablando de cenar.

Sí, pero el beso que se acababan de dar hacía que Ali pensara en un tipo de cena completamente diferente.

Cuando llegaron a su casa y John aparcó detrás de ella, Ali decidió que había llegado el momento de actuar como una adulta.

Nada ni nadie les impedía tomarse aquello con tranquilidad.

El hecho de que hubieran hablado de diferentes posibilidades, no quería decir que tuvieran que dejarse llevar como un par de adolescentes regidos por las hormonas.

Estaba a punto de abrir la puerta del coche cuando John la abrió y le tendió la mano para ayudarla a salir.

Ali la aceptó, sintiendo una descarga eléctrica de pies a cabeza.

Aun así, tomó aire, salió del coche y, agarrada de su mano, se encaminó a la puerta de su casa.

–Bueno –dijo John mirándola a los ojos–. ¿Te viene bien que cenemos mañana por la noche? Hay un restaurante italiano maravilloso en Bozeman… por supuesto, si te gusta la comida italiana.

–Me encanta la comida italiana –contestó Ali comprendiendo que John decía en serio lo de invitarla a cenar–. Mañana por la noche me viene muy bien –añadió dándose cuenta de que el ruido que oía a lo lejos era el motor de la furgoneta de John.

La había dejado en marcha y eso quería decir que no tenía ninguna intención de pasar. El alivio se mezcló con la decepción.

–Entonces, nos vemos mañana –se despidió John dándole un casto beso en la frente.

–Buenas noches –murmuró Ali.

Mientras lo veía alejarse, se preguntó quién, durante aquella velada, había cambiado de opinión.

Entró en casa, encendió las luces y fue lentamente a la cocina, agarró una galleta y se apoyó en la encimera mientras se la comía.

Al cabo de un rato, se dio cuenta de que estaba sonriendo en mitad de la oscuridad.

¿Qué otra cosa podía hacer sino sonreír?

Llevaba allí un mes y John Tyler había intentado invitarla a «cenar» una o dos veces por semana y, cuando ella por fin había reunido el valor para decirle que le interesaba lo mismo que a él, se ponía de lo más casto y la dejaba allí plantada.

Mientras apagaba las luces, Ali se preguntó si todo aquello formaría parte de un plan. A continuación, se cepilló los dientes y se metió en la cama.

¿Acaso quería confundirla y volverla loca? ¿Acaso quería excitarla tanto que no pudiera controlarse y fuera ella la que tomara la iniciativa de meterse en su cama?

¿O, por el contrario, de verdad se estaba mostrando serio y educado para darle la oportunidad de echarse atrás?

Desde luego, aquel hombre le gustaba, pero sólo desde un punto de vista físico porque con él había descubierto que tenía unas necesidades sexuales en las que hacía mucho tiempo que no había pensado.

Al pensar en ello, Ali no pudo evitar gemir de ganas de estar con él y se dio cuenta de que se estaba comportando como una adolescente a pesar de que hacía muchos años que se tenía por una mujer adulta y madura.

Sí, pero eso había sido antes de conocer a John y ahora lo único en lo que pensaba era en besarlo en cualquier lugar.

Iba a tener que tener cuidado, sobre todo para no confundir sus sentimientos porque estaba muy claro que lo único que había entre ellos era química.

En su vida sólo podía haber un gran amor y se había ido.

Eso no había quien lo cambiara.

–¿Y bien?

Los preciosos ojos azules de la veterinaria se abrieron lentamente mientras degustaba un tortellini a la carbonara.

–Tenías razón –suspiró–. Esto está buenísimo. ¿Cómo has descubierto este sitio? ¿Y qué hace un sitio tan maravilloso en mitad de Montana?

–Es de un amigo mío –contestó John encantado de que le gustara.

Por lo visto, comer era un placer para ella y cada bocado que se metía en la boca era tratado con reverencia. Ali cerraba los ojos, lo paladeaba y suspiraba de placer.

Aquello parecía una experiencia sexual.

Claro que todo en ella tenía un encanto sensual especial, desde sus ojos azules, que hacían que John pensara en la mañana siguiente al amor, a sus curvas y sus labios, que sonreían soñadores mientras disfrutaba de la cena.

Se había arreglado para salir a cenar con él y a John le había gustado, le gustaban las piernas tan maravillosas que le hacían aquellos tacones altos y cómo se había pintado las uñas de los pies de rojo.

Llevaba un vestido negro de tirantes ligero y veraniego con el que ella debía de estar muy fresquita, pero que a John le estaba produciendo unos calores de vértigo.

En mitad de la cena, su amigo Mac se acercó a saludarlos y a ver qué tal estaba todo. Ali aprovechó aquel momento para dejarlos a solas y dirigirse al baño.

–Madre mía, qué mujer tan impresionante –comentó Mac sinceramente.

Sí, John estaba completamente de acuerdo. Aquello era lo que siempre había querido. Pasar un buen rato con una mujer guapa.

Aquella mujer era ideal para él, pues era independiente y madura, una mujer que no quería una relación demasiado seria porque necesitaba tener su propio territorio.

Bueno, no siempre era así…

Pero cuando una mujer daba señales de querer algo más serio con él, aparte de una relación física, John desaparecía.

Si una mujer comenzaba a contarle su vida, quería decir que esperaba que él hiciera lo mismo y eso no iba a ocurrir jamás.

En parte, por eso la veterinaria se le hacía tan atractiva.

Ella tenía un gran secreto del que no hablaba, y eso significaba que era capaz de respetar los de John.

Era una mujer muy cariñosa, pero se mantenía distante. Y triste. Aquello era lo que animaba a John, pues quería hacerla sonreír.

Ali volvió a la mesa y se sentó. John decidió que iba a tratar bien a aquella mujer, que la iba a hacer pasar un buen rato y que, si presentía que quería algo más, haría todo lo que estuviera en su mano para que las cosas terminaran entre ellos de manera civilizada.

Era obvio que Ali quería utilizarlo para empezar a vivir y, por él, no había ningún problema.

Ali le sonrió y John comprendió que tenía muy claro para lo que servía y no le molestó en absoluto que no quisiera nada más con él.

John se dijo que la zozobra que se había apoderado de él no tenía nada que ver con saber que no era el tipo de hombre con el que una mujer como ella merecía pasar el resto de su vida.

Después de cenar, fueron a casa de Ali y se volvieron a sentar en el balancín del porche trasero, donde hablaron de sus libros preferidos, sus canciones favoritas y las películas que más les gustaban.

–Recuerdo perfectamente la primera vez que te vi –dijo John de repente.

–¡Vaya por Dios! –exclamó Ali–. Pues menudo recuerdo porque, si yo no recuerdo mal, venía de estar toda la mañana vacunando terneros en el rancho de Lou Bradford y olía que apestaba.

–Estabas espléndida –insistió John–. Llevabas el pelo recogido bajo una gorra, pero se te escapaban los rizos por la nuca –añadió acariciándole el lugar exacto.

Ali sintió un escalofrío de pies a cabeza y tomó aire.

Sintió que el corazón le latía aceleradamente.

–¿Va a ser esta noche, Ali? –murmuró John.

Vaya, qué directo.

Ali no esperaba que le preguntara. Lo cierto era que esperaba que actuara. Lo cierto era que se moría por que actuara.

Sin embargo, de repente, sin previo aviso, apareció el sentimiento de culpa.

Ali cerró los ojos y sintió unas terribles ganas de llorar.

Había estado esperando aquel momento toda la noche y, ahora que había llegado, no sabía si iba a ser capaz de seguir adelante.

John debió de presentir su duda porque dejó de acariciarle la nuca.

El balancín se paró.

Ali rezó para que John no se hubiera enfadado porque, después de haberse pasado toda la noche dándole a entender que estaba dispuesta a tener algo con él, ahora no estaba comportándose así.

Se estaba echando atrás.

–No pasa nada –dijo John por fin, volviendo a poner el balancín en movimiento.

Acto seguido, la abrazó contra su cuerpo, le colocó la cabeza sobre su hombro y la mantuvo así mientras a Ali le resbalaban silenciosas lágrimas por las mejillas.

Se sentía como la mujer más cobarde y más idiota del mundo.

–Lo siento –se disculpó–. Yo… creí que…

–Creías que estabas preparada, pero no es así –aceptó John con ternura–. No pasa nada –repitió acariciándole el brazo–. ¿A que la cena ha sido maravillosa?

Ali se rió levemente y se apartó de él para buscar un pañuelo de papel en el bolso.

–Esto es vergonzoso –se lamentó.

–Claro que no –contestó John acariciándole el pelo–. Yo me lo he pasado muy bien.

–Yo también –contestó Ali sinceramente.

–Bueno, me voy a ir porque me está esperando una ducha fría en casa –bromeó John haciéndola reír–. Estoy dispuesto a esperar hasta que estés preparada –añadió poniéndose en pie y tomándola de las manos.

Ali lo miró a los ojos y sonrió.

–Intenta dormir un poco –dijo John abrazándola antes de irse.

–John –dijo Ali de repente.

John se giró hacia ella.

–No te vayas –le pidió en un arrebato de valentía.

John la miró a los ojos y comprendió que Ali necesitaba a un hombre que la sorprendiera, que se hiciera cargo de la situación, un hombre al que poder culpar si aquello salía mal.

–¿Qué quieres, Ali?

–Sabes perfectamente lo que quiero –contestó Ali con voz ronca.

–Dilo –le dijo John mirándola de manera inequívoca.

Ali bajó la mirada.

–Dilo –insistió John cada vez más excitado.

Ali tragó saliva.

En ese momento, John se acercó a ella y deslizó sus labios por su cuello.

–Hazme tuya –dijo por fin Ali.

Capítulo Ocho

Ali se sentía consumida, no había otra manera de describir aquello, consumida por sus labios, que parecían decididos a engullirla.

Nunca la habían besado así.

Se encontraba sobreexcitada, pero lo necesitaba y, por lo visto, John la necesitaba de igual manera.

–Vamos dentro –murmuró John llevándola hacia la puerta.

De alguna manera, Ali consiguió abrirla y, entre besos, de repente, se dio cuenta de que ya no tenía dudas.

Quería hacer el amor con aquel hombre que la estaba llevando en brazos a la planta de arriba, aquel hombre que estaba excitado sobremanera, pero que Ali sabía que la trataría con ternura y afecto.

Sabía que jamás le haría daño, así que se entregó a él encantada.

–Quítate la ropa –le indicó John al llegar junto a la cama.

Al ver que Ali no se movía, John se acercó a ella y comenzó a desnudarla con manos presurosas.

–No te quites los zapatos de tacón –le indicó.

Ali sintió que un deseo abrasador se apoderaba de ella al ver que John le quitaba las braguitas y, sin dejar de mirarla a los ojos, se las llevaba a la cara y las olía.

Aquel gesto tan sorprendente y excitante hizo que Ali sintiera que la cabeza le daba vueltas y que las piernas le temblaban.

–John…

–Ssss.

John se puso de rodillas ante ella y mientras con una mano le acariciaba las nalgas deslizó la otra entre sus piernas y comenzó acariciarla hasta volverla loca de placer.

Ali echó la cabeza hacia atrás y se agarró a él con fuerza, clavándole las uñas en los hombros.

Aquello era increíble, demasiado increíble, tan increíble que, si John no paraba, iba a alcanzar el orgasmo sin él.

–Por favor, para –jadeó.

Al mirarlo, se dio cuenta de que John tenía muy claro que la estaba excitando sobremanera.

Eso era exactamente lo que había querido hacer.

–Me vuelves loco –dijo quitándole el vestido y acariciándole los pechos.

Al principio, los tomó en las palmas de las manos, como para sopesarlos, y a continuación dibujó círculos con el pulgar alrededor de los pezones.

Ali nunca se había sentido tan vulnerable ni tan excitada.

John se sentó en el borde de la cama y siguió la estela de sus dedos con la lengua, haciendo que Ali gimiera de placer.

A pesar de sus cuarenta años de edad, se sintió la mujer más deseada del mundo y lo dejó hacer.

En algún momento, se encontró tumbada boca arriba en la cama con John entre las piernas completamente desnudo y, tras ponerle un preservativo, lo sintió dentro de su cuerpo.

Y lo que parecía imposible, sentir todavía más placer, se hizo posible pues con cada embestida de su potente miembro Ali conoció lo que era tener orgasmos múltiples con fuegos artificiales.

Ali estaba tumbada a su lado y John se quedó mirándola.

Aquella había sido la mejor sesión de sexo de su vida. Desde el principio, había tenido claro que iban a ser compatibles en la cama, pero aquello había superado todas sus expectativas.

Ali había sido increíble, salvaje, sensual y vulnerable, pero desinhibida a la vez. Además, tenía un cuerpo maravilloso y se dio cuenta de que la volvía a desear.

–¿Estás dormida? –susurró besándola en el hombro.

–Más bien, en coma –sonrió Ali abrazándolo–. Gracias a ti.

John sonrió.

–Ha sido todo un placer –contestó sinceramente–. La próxima vez que quieras dejarte llevar por el placer, acuérdate de mí.

–¿Qué te hace pensar que vaya a haber más veces? –bromeó Ali–. ¿No sería mejor que, ahora que ya lo hemos probado, volviéramos a nuestras vidas normales? –improvisó.

–¿Te crees que lo nuestro va ser una aventura de una noche?

–Bueno, a lo mejor de dos…

Aquello hizo reír a John.

–Si yo tengo algo que decir en esto, por mí, que sean cincuenta –sonrió.

–Por mí, no hay ningún problema –contestó Ali.

John le separó las piernas y comenzó a acariciarla, pero, de repente, Ali se colocó a horcajadas sobre él y comenzó a cabalgarlo, y aquella vez fue John el que se quedó sin aliento y tuvo que buscar un preservativo a toda velocidad.

John se fue antes de amanecer mientras Ali dormía. No porque quisiera, sino porque se había dado cuenta de que, si no se iba así, le iba a costar mucho irse.

Se fue porque jamás se había permitido el lujo de dormir con una mujer toda la noche ya que, a veces, la zozobra se apoderaba de él en la oscuridad y no quería que nadie fuera testigo de ello.

Y mucho menos, Ali.

Además, era lo mejor para ella porque en un pueblo tan pequeño todo el mundo se enteraba de todo y no quería que vieran su furgoneta por la mañana en su casa y comenzaran a hablar.

Además, no quería que Ali se creyera que era lo que no era porque entre ellos sólo había sexo. Maravilloso, sí, pero nada más que una atracción mutua.

En cualquier caso, no pudo evitar preguntarse en qué pensaría Ali cuando se despertara y se diera cuenta de que se había ido.

¿Lo echaría de menos? ¿Le gustaría que le hubiera dejado una rosa amarilla sobre la almohada antes de irse? ¿Le haría gracia la nota que le había dejado al lado?

Aquella era la primera vez que dejaba una nota. Normalmente, no se arrepentía de no quedarse a dormir con una mujer y, por lo general, no se devanaba los sesos intentando dilucidar cuándo iba tener un rato libre para volver a verla.

A medida que fue pasando el día, John se encontró discutiendo consigo mismo por si debía llamarla o no.

A mediodía, se sorprendió a sí mismo marcando su teléfono y diciéndose que Ali sabía perfectamente lo que había entre ellos y no había riesgo de que se confundiera.

En cualquier caso, necesitaba verla porque iba a explotar.

Ali estaba sentada en el porche trasero tomando un café y oliendo la rosa amarilla que había encontrado sobre la almohada al despertarse.

Se había levantado sintiéndose como una adolescente a la que por primera vez le gusta un chico de clase.

Por enésima vez, se sacó del bolsillo la nota que John le había dejado y la leyó sin poder evitar sonreír.

Esta rosa es amarilla,
pero no sabe a tortilla.
Me siento de maravilla
porque lo de esta noche ha sido
todo menos una pesadilla.

Perdón por la rima, pero no tengo tiempo.
Luego te llamo.
Que duermas bien.
J.T.

John Tyler era un amante excepcional, tal y como demostraba que la hubiera llevado al orgasmo varias veces durante la noche y que con él hubiera hecho cosas que no había hecho nunca antes.

Claro que Ali sólo se había acostado con un hombre, con David, que siempre se había mostrado delicado y prudente, pero en absoluto espontáneo y salvaje.

Hacer el amor con él había sido siempre maravilloso, especial y dulce, pero, a veces, Ali había deseado en secreto que fuera más atrevido.

Ali dejó de sonreír.

Se dio cuenta de que era la primera vez que pensaba en su difunto marido desde la noche anterior.

Esperó a sentir la culpa de siempre, pero, extrañamente, no sucedió así.

Lo cierto era que no se arrepentía de lo que había sucedido entre John y ella aquella noche.

Todo lo contrario, se sentía en paz consigo misma.

Siempre echaría a David de menos, pero se sentía más viva que nunca y estaba decidida a disfrutar de la vida.

Aquello la hizo sentirse de maravilla.

Nada de lo que había hecho era para sentirse culpable.

Todo lo contrario.

Tenía muchos motivos para sentirse feliz.

Había compartido la cama con un hombre maravilloso que quería pasárselo bien, como ella, tener una relación basada en el placer físico y nada más.

Al entrar en casa, sonó el teléfono y Ali supo que era John.

–¿Sí?

–Hola –dijo John–. ¿Qué tal estás?

–De maravilla –contestó Ali sinceramente.

–Me alegro. ¿Has visto la nota que te he dejado?

–Sí, gracias.

–Como habrás visto, no soy Shakespeare –rió John.

–Lo que cuenta es la intención.

John se quedó en silencio unos segundos.

–¿Cuándo nos volvemos a ver?

–¿Esta noche? –propuso Ali con la respiración entrecortada.

–Fantástico. Ven a mi casa. Te estaré esperando.

Capítulo Nueve

Se acababa de duchar y de poner ropa limpia cuando oyó un coche que se aproximaba.

Por fin.

Eran casi las ocho y, tras no haber dormido mucho la noche anterior en casa de Ali y haber estado todo el día trabajando, se sentía realmente cansado.

Sin embargo, al salir y verla, se le pasó el cansancio inmediatamente.

John se quedó en el porche, observando a Ali, que estaba bajando del coche. Llevaba unos pantalones cortos amarillos y una camiseta blanca.

Al acercarse a él, John se percató de que se había puesto brillo en los labios y pensó que se moría por quitárselo.

De hecho, tuvo que hacer un gran esfuerzo para no tomarla en brazos y depositarla en la superficie horizontal más cercana.

–Estás muy guapa –le dijo sinceramente–. Pareces muy segura de ti misma –añadió dándose cuenta de repente de que así era.

–Eso es porque tengo una misión.

–Me gusta cómo suena eso –sonrió John rezando para que su misión fuera hacerle el amor hasta dejarlo desmayado.

–Te va a encantar –sonrió Ali–. Ven a ayudarme.

John la acompañó al coche, disfrutando del vaivén de sus caderas y de cómo el pelo se movía de un lado a otro de su espalda al caminar.

–Supuse que te gustaría que te trajera más –comentó Ali entregándole una enorme caja de galletas de avena y pasas.

–Vaya –exclamó John sintiendo que se derretía–. Esto es genial. Voy a tener que hacer algo para darte las gracias. A ver qué se me ocurre –bromeó acariciándola–. Sí, ya lo tengo.

Ali se rió.

–Sí, me parece que está muy claro lo que estás pensando, pero primero te diré que te he traído la cena.

–¿De verdad? –se asombró John derritiéndose de nuevo.

Otras muchas mujeres le habían llevado la cena o la habían cocinado para él y a John siempre se le había antojado que era para demostrar lo buenas esposas que serían.

Por eso, aquellos gestos siempre le habían hecho salir corriendo.

Sin embargo, ahora le hacían sonreír.

–No te creas que la he hecho yo –sonrió Ali–. Es comida para llevar del Dusk to Dawn. Por cierto, Nadine me ha dicho que te he diera un beso de su parte–. ¿Es que aquí todo el mundo se entera de todo?

–Así es –contestó John–. ¿Te apetece que hagamos un picnic a la luz de las estrellas? –propuso.

–Me parece una idea fantástica –sonrió Ali perdiéndose entre sus brazos.

–Voy a buscar una manta y nos vamos –dijo John entrando en casa.

El pequeño lago situado en el centro del valle que había en el extremo oeste de su rancho siempre había sido uno de los lugares favoritos de John.

Mientras se aproximaban al claro rodeado de pinos y cedros, comprobó que a Ali también le estaban encantando el lugar.

–Esto parece una postal –se maravilló mientras John paraba el coche.

–Sabía que te iba gustar –contestó bajándose–. Encárgate tú de la comida mientras yo coloco la manta.

John también había llevado una luz y, tras encenderla, guió a Ali hasta la orilla y colocó la manta.

Cuando alzó la mirada, comprobó que Ali se estaba quitando las sandalias, así que esperó a que hubiera terminado para tomarla entre sus brazos y besarla con pasión.

–Cuánto me alegró de que estemos aquí –comentó.

–Yo, también –contestó Ali.

Durante un buen rato, permanecieron de pie, abrazados, sin parar de besarse. John pensó que jamás se cansaría de besar a aquella mujer.

–¿Te apetece que nos bañemos? –le propuso.

–¿Cómo?

–Venga, vamos a bañarnos desnudos –rió John.

Ali miró el agua y puso cara de susto.

–¿No habrá peces y cosas?

–Por supuesto que sí, pero son pequeñitos y tú les das más miedo a ellos que ellos a ti, de verdad.

Sin esperar más, John se quitó la camiseta y comenzó a deshacerse de las botas.

–¿Te verdad te vas a meter? –se horrorizó Ali viendo que no llevaba calzoncillos–. No llevas ropa interior…

–¿Para qué? Estaba seguro de que, tarde o temprano, me la iba a quitar –contestó John sintiendo que se le endurecía la entrepierna ante su mirada–. ¿Te metes?

–¿Estará fría? –preguntó Ali.

–Eso espero, porque hace un calor de morirse –contestó John acercándose a la orilla y zambulléndose.

Apareció unos metros más allá, sonriente y relajado.

–Venga, está buenísima –la animó.

Ali no parecía muy convencida.

–No vendrá nadie, ¿verdad? No creo que a Clive se le ocurra darse una vuelta por aquí.

–Cariño, no hay nadie en treinta kilómetros a la redonda, así que deja de poner excusas porque me encuentro muy solo aquí dentro.

Ali tomó aire, se quitó la camiseta y los pantalones y se quedó en braguitas y sujetador.

John sintió que se quedaba sin aliento.

Aquella mujer era la reina de la lencería. El conjunto de raso negro de la noche anterior lo había vuelto loco, pero el de encaje de color melocotón que lucía ahora tampoco estaba nada mal.

Al ver que no podía apartar la mirada de ella, Ali sonrió encantada y procedió a desabrocharse el sujetador.

–Si me muerde un pez o una serpiente, ya te puedes ir preparando –bromeó acercándose al agua–. ¡Está helada! –exclamó al meter los pies.

–Te acostumbras –le aseguró John.

Ali tomó aire y comenzó a adentrarse en el agua. Entonces, John se dio cuenta de que no podía esperar más y fue hacia ella.

–Ven, deja que te caliente –le dijo tomándola entre sus brazos.

A continuación, tomó uno de sus pezones entre los labios y Ali se dejó hacer mientras John se daba cuenta de que jamás había disfrutado tanto dando placer a una mujer.

–¿Verdad que ya no tienes tanto frío? –le preguntó.

–No, cada vez menos –contestó Ali–. ¡Ahhh! –gritó de repente agarrándose a su cuello y sacando las piernas del agua.

–¿Qué ocurre?

–¡Una serpiente! –se asustó Ali.

John no pudo evitar reírse.

–¡No te rías! ¡Me ha rozado el muslo!

–Eso no ha sido una serpiente –sonrió John.

–¿Cómo que no? Bueno, sea lo que fuere, era enorme.

–Muchas gracias –se rió John.

Entonces, Ali comprendió que lo que la había rozado no tenía nada que ver con una serpiente y se rió también.

–Lo cierto es que, ahora que lo pienso, no era tan grande –bromeó–. Más bien, era algo diminuta.

–¿De verdad?

–Sí, era una cosita microscópica –se burló Ali.

–¿Ah, sí?

–Sí.

–Ahora verás –dijo John hundiéndola en el agua.

–Son los hombres los que no cuentan nada cuando tienen una relación –le dijo Peg en el transcurso de la comida del lunes–. Se supone que las mujeres nos lo contamos todo y con gran lujo de detalles, así que desembucha.

–Salimos a cenar –contestó Ali mientras se tomaba el sándwich–. Nos lo pasamos muy bien. No te voy a dar más detalles.

Aunque confiaba en Peg, Ali no se sentía preparada para hablar de lo que estaba ocurriendo entre John y ella.

Era algo nuevo, emocionante y suyo. Una aventura. Sí, estaba teniendo una aventura con un hombre y era maravilloso.

Al recordar cómo habían hecho el amor la noche anterior en el lago, dentro del agua y luego sobre la manta, se sonrojó y pensó que, efectivamente, aquella estaba resultando ser una experiencia muy recomendable.

–¿Lo ves? ¡Pero si te has puesto roja! –insistió su amiga–. Hay algo que no me estás contando.

–Lo siento mucho, pero no sé de qué me hablas –contestó Ali encogiéndose de hombros.

–¿Ah, no? Resulta que Homer Clayborne le ha contado a Edith Snelling que Max Winwood se despertó el sábado por la noche de madrugada y, como no podía dormir, decidió ir a dar un paseo con el perro y se encontró con que delante de tu casa estaba aparcada la furgoneta de cierto vaquero.

–El señor Clayborne tiene ochenta años y padece de cataratas – contestó Ali–, así que yo no me fiaría de lo que dice haber visto.

Peg se quedó mirando a Ali fijamente.

–Así que fue espectacular, ¿verdad?

Ali suspiró y tiró la toalla.

–Sí, fue espectacular –admitió por fin.

–¡Lo sabía! ¡Sabía qué estabais hechos el uno para el otro!

–Eh, eh, para el carro. No somos pareja. No te creas que tenemos una relación porque no es así –explicó Ali.

–¿Cómo que no?

–No, sencillamente somos dos adultos que estamos bien juntos, pero no hay una relación entre nosotros.

Si por ella hubiera sido, Peg se habría pasado toda la tarde haciéndole preguntas, pero Ali tuvo la suerte de recibir una llamada y tuvo que ausentarse, así que se libró del interrogatorio.

John le gustaba mucho porque era un hombre divertido, dulce y realmente sensual, pero ambos estaban de acuerdo en que lo único que querían era pasárselo bien y no complicarse la vida.

Mientras se dirigía al rancho de Crawford, se dijo que lo que tenía con John no era amor porque ella sabía lo que era el amor, el amor era lo que había tenido con David.

Claro que sentía algo por John, pero no como para comprometerse con él para toda la vida.

Era evidente que lo suyo sólo se basaba en el sexo y, en cuanto el sexo fuera disminuyendo entre ellos, no quedaría nada.

Pero hasta que aquello sucediera, Ali estaba decidida a disfrutar.

Durante las siguientes dos semanas, eso fue exactamente lo que hizo.

Salieron a cenar varias veces, fueron al cine, a montar a caballo,

luego se quedaban charlando en el balancín del porche trasero, escuchando música…

Hicieran lo que hiciesen durante el día, siempre terminaban haciendo el amor y Ali se sentía tan entregada que se dijo que, si no supiera que no podía ser, empezaría a creer que estaba sintiendo algo de verdad por John.

Amor.

John estaba encantado con la relación que tenía con Ali.

Nunca había conocido a una mujer como ella.

Había estado cerca de tener algo así con Peg Reno y Ellie Savage, pero no había podido ser porque eran dos mujeres que necesitaban compromiso por parte del hombre con el que estuvieran y aquello no iba con él.

Ali era diferente. Ella no necesitaba comprometerse. Exactamente igual que él. Ninguno de los dos hablaba del pasado porque tenían otras muchas cosas de las que hablar y, cuando no hablaban, era porque estaban disfrutando de otros placeres terrenales.

Todo iba maravillosamente bien. Incluso había dejado de tener pesadillas y desagradables recaídas.

La vida le sonreía, se acostaba con una mujer que le gustaba y a la que respetaba porque era una compañera inteligente, divertida y sensual.

John se dijo que el hecho de que cada noche le costara más abandonar su cama no quería decir que estuviera empezando a sentir algo serio por ella.

John se dirigió al Dusk to Dawn y, mientras le preparaban dos hamburguesas para llevar, tuvo que ingeniárselas para esquivar las preguntas de Nadine.

Cuando se dirigía en coche a casa de Ali, se dio cuenta de que estaba incómodo. Normalmente, cuando la gente empezaba sospechar que tenía algo con una mujer, solía distanciarse de ella.

En el caso de Ali, le preocupaba que su fama la afectara, afectara a su trabajo. John no quería complicarle la vida, así que decidió que debía contarle que todo el mundo del pueblo estaba comentando que estaban juntos.

Así, le daría la oportunidad de cortar su relación si eso era lo que quería.

Mientras subía los escalones del porche, se dijo que, si eso era lo que Ali elegía, él debería respetarlo, pero no pudo evitar sentir una horrible zozobra interior.

–¿Ali? –llamó golpeando la puerta con los nudillos.

Ali no contestó, pero sabía que John iba a pasarse por su casa, así que no debía de andar muy lejos.

–¿Ali? –repitió John entrando y dirigiéndose a la cocina.

Entonces, vio una galleta en el suelo y, al fijarse, vio que había una galleta en cada escalón.

John sonrió encantado y subió las escaleras hasta la habitación de Ali.

Al llegar, estuvo a punto de caerse de espaldas.

Allí estaba a ella, esperándolo, tumbada en la cama con tres galletas colocadas en tres sitios estratégicos de su cuerpo.

–Hola, vaquero –lo saludó con una inmensa sonrisa.

Capítulo Diez

Cuando John se despertó, todavía entraban los rayos del sol por la ventana del dormitorio de Ali.

Con cuidado de no despertarla, se levantó y… vio una fotografía sobre la mesa.

Al acercarse más, comprobó que era una fotografía de Ali con un hombre.

El hombre tenía los brazos sobre sus hombros y Ali, sonriente, estaba apoyada en su pecho.

John se quedó mirando la fotografía atentamente hasta que el ruido de las sábanas a su espalda lo hizo volverse.

–Es mi marido –le dijo Ali.

John no sabía qué decir. Se le había quedado el cerebro en blanco. No sabía por qué, pero se sentía como si le acabaran de pegar un tiro.

–Es David –explicó Ali–. Murió hace cuatro años de cáncer –añadió enrollándose una sábana al cuerpo y acercándose a él.

John no supo ni qué decir ni qué hacer. ¿Qué sentía? Pena, sí, pero también enfadado y una sensación de… maldición… pérdida, un gran agujero en el corazón.

Ali agarró la fotografía de sus manos y la dejó en su sitio.

–Lo siento –dijo John por fin.

–Sí –contestó Ali poniéndose la bata–. Yo, también. Tengo hambre –añadió, forzando una sonrisa para cambiar de tema–. ¿Vienes? –le dijo desde la puerta.

–Sí, voy dentro de un momento –contestó John de forma ausente.

Pero tardó varios minutos en bajar a la cocina, tardó varios minutos en recomponer sus esquemas y en vestirse.

Su estado de ánimo, al igual que el cielo, se había teñido de oscuridad.

Así que Ali había estado casada.

No quería preguntar, pero, cuando entró en la cocina y la vio, no

pudo evitarlo porque, a pesar de que conocía el cuerpo de aquella mujer como el suyo propio, se dio cuenta de que no sabía casi nada de ella.

–¿Por qué no me has dicho que habías estado casada?

–Porque no me lo has preguntado.

No, era cierto, jamás se lo había preguntado porque nunca había tenido interés por conocer su pasado ni sus secretos.

Ahora sí quería saber, quería saberlo todo y, aunque le hubiera gustado que no fuera así, no podía cambiar lo que sentía.

Ahora lo entendía todo.

Ahora entendía por qué Ali no quería tener una relación, ahora entendía por qué de repente la veía triste.

Aquella mujer seguía viviendo todavía en el pasado.

John estaba prácticamente seguro de que seguía enamorada de su marido.

Habían pasado cuatro años, tiempo más que suficiente para sobreponerse a la muerte de un ser querido.

De repente, John deseó evaporarse, estar en cualquier otro lugar menos allí, sintiéndose el sustituto de otro hombre.

Sin saber por qué, comenzó a sentirse engañado, perdido y vacío.

A pesar de que había sido él quien había puesto las normas y de que enterarse de la existencia de su marido no tendría que haber cambiado nada, se sentía fatal.

–Creo que no me voy a quedar a cenar –anunció desesperado por salir de allí–. Me voy a casa.

Ali no dijo nada, no insistió para que se quedara. Se limitó a asentir y a mirarlo con tristeza.

John llegó a casa veinte minutos después, se dirigió a su habitación y cerró la puerta sintiéndose como si hubiera perdido algo vital, algo que podría haber sido lo mejor que le hubiera pasado en la vida.

Era obvio que todo entre ellos había terminado.

Dos semanas después, mientras conducía hacia el rancho Tyler, Ali seguía recordando la cara de John cuando le había hablado de David.

Entonces, no había entendido por qué se había enfadado y había huido de su casa como alma que lleva el diablo.

Tampoco había entendido por qué ella no había intentado impedírselo, por qué se había limitado a quedarse mirándolo.

Ahora, lo entendía todo.

Ahora entendía por qué no lo había vuelto a ver desde entonces.

John no estaba enfadado sino devastado, herido.

Aquello era lo último que Ali hubiera esperado pues era él el rompecorazones, el vaquero que nunca quería una relación seria y comprometida sino aventuras sin ataduras.

Todo mentira.

La verdad era que se sentía a gusto con ella, tan a gusto como ella con él. Ali sabía por qué a ella le había costado reconocer la verdad, pero no tenía ni idea de por qué John se empeñaba en no querer verla.

Tenía que hablar con él.

Al llegar, paró el motor el coche y tomó aire.

John estaba en el redil, trabajando con una yegua.

Ali fue hacia él y se quedó mirándolo. Aunque John sí la había visto, no la saludó ni dio muestra ninguna de haberse percatado de su llegada.

–Parece que es buena –dijo Ali para romper el hielo.

–Tranquila, chica –fue la única respuesta de John, e iba dirigida al animal.

Acto seguido, abrió la valla de madera para que la potra saliera al prado a trotar. Ali lo siguió.

–Te he echado de menos.

–He estado muy ocupado –contestó John sin mirarla.

–Sí, yo también, pero tenemos que hablar.

John no dijo nada.

–No te hablé de David porque no quería que supieras de su existencia –le espetó Ali sin preámbulos–. Me parecía que estaba traicionando su memoria si te hablaba de él.

John siguió callado.

–Nos conocíamos de toda la vida. Éramos vecinos e íbamos a la misma clase en el colegio. Era mi mejor amigo y lo quería mucho.

John se quedó mirando a lo lejos, como si todo aquello que le estaba contando no fuera con él, pero Ali lo conocía bien y sabía,

por cómo tenía las mandíbulas apretadas, que estaba nervioso.

–El sueño de David era abrir una clínica veterinaria en estas montañas y por eso estoy aquí. Su sueño me trajo aquí. Su sueño me trajo a ti.

Aquello hizo que John reaccionara. Miró a Ali los ojos.

–Yo no quería que esto sucediera, no quería tener nada contigo porque me parecía que era como traicionar a David, como dar la espalda al amor que sentía por él.

John volvió a apretar las mandíbulas y se giró para irse, pero Ali se lo impidió agarrándolo del brazo.

–No, tienes que escucharme. Te estoy contando todo esto para que entiendas por qué se me hace tan difícil estar contigo. No me parecía bien iniciar una relación con otro hombre cuando seguía enamorada de mi marido, no me parecía bien iniciar una relación con otro hombre sin amor.

John hizo amago de soltarse, pero Ali lo agarró con fuerza.

–No, tienes que escucharme hasta el final. Estaba en lo cierto. No puedo tener una relación con un hombre al que no amo –insistió tomando aire–. Por eso, he venido para decirte que estoy enamorada de ti –confesó.

John se giró hacia ella y la miró a los ojos.

–Sí, te quiero –dijo Ali–. Si no te hubiera querido, jamás habría sido capaz de hacer el amor contigo.

John se quedó mirándolo en silencio.

–No te lo esperabas, ¿verdad? –sonrió Ali–. Bueno, si te sirve de consuelo, yo tampoco.

John parecía asustado, como si quisiera salir corriendo, como si se sintiera atrapado. Desde luego, no parecía muy contento con su confesión.

–No sé qué decir –dijo por fin.

Ali se dijo que había hecho lo correcto, que tenía que decirle lo que sentía por él para ver lo que sentía él por ella.

Obviamente, no la quería o, por lo menos, no quería admitírselo a sí mismo y eso era un obstáculo tan grande como la gran muralla de China.

–Tu cara lo dice todo, vaquero –le dijo Ali con tristeza–. No te preocupes, no pasa nada. No esperaba que fuera recíproco. Fuiste muy claro desde el principio, me dijiste que no querías una relación

seria, pero el problema es que yo sí y lo más irónico de todo es que me he dado cuenta gracias a ti. Adiós, John –se despidió–. No te preocupes, seguiremos siendo amigos, pero preferiría que te buscaras otra veterinaria.

Y, dicho aquello, se fue.

Todo había terminado, pero la vida continuaba.

Nadie mejor que Ali sabía eso y nadie mejor que ella sabía lo que era el dolor de perder a alguien querido.

John se pasó dos semanas diciéndose que se sentía aliviado. Sí, increíblemente aliviado porque Ali se lo había puesto muy fácil.

Normalmente, era él quien ponía punto final a las relaciones cuando veía que una mujer quería más de lo que él podía darle.

Estaba acostumbrado a que lo insultaran y le chillaran, pero no estaba acostumbrado a que una mujer lo abandonara después de haberle dicho que lo quería.

Ali lo quería.

Eso creía ella, pero ya se le pasaría.

Y a él, también.

Al pensar aquello, John dio un respingo y se dijo que él no tenía que sobreponerse a nada y que, sobre todo, no se sentía solo en absoluto.

«¿A quién pretendo engañar?», se preguntó recordando a Ali.

Claro que la echaba de menos.

«Sí, pero, tarde o temprano, me olvidaré de ella y la vida volverá a su normalidad», intentó convencerse.

–¿Qué hay ahí? –le preguntó a Clive al ver que se paraba junto a un poste.

–Un avispero –contestó el capataz.

–Quítate de ahí –le indicó su jefe temiendo que el caballo que montaba Clive se asustara.

Todo sucedió tan deprisa que John no pudo hacer nada. Efectivamente, el caballo se asustó cuando las avispas salieron de su avispero a ver qué quería aquel humano.

El animal se puso a dos patas y tiró a Clive, que intentó apartarse, pero no le dio tiempo y el caballo le cayó encima.

John se acercó a él con el corazón en un puño. El caballo se

había puesto en pie y había salido corriendo, pero Clive no se movía.

–Dios mío –se lamentó al ver que el capataz tenía sangre en la cabeza–. ¿Estás bien, Clive?

Clive gimió y tosió.

John palideció.

Lesión cerebral y, posiblemente, varias costillas rotas.

Aquello era grave.

De repente, John sintió que la cabeza le daba vueltas y las montañas de Montana se convirtieron en el interior de una cueva en Afganistán.

Estaban en pleno invierno y hacía tanto frío que John apenas sentía los dedos. Tampoco sentía la pierna que estaba intentando curar, la pierna de aquel soldado que lloraba llamando a su madre…

En ese momento, Clive le clavó las uñas en el brazo.

–No puedo… respirar.

Aquello hizo que John volviera al presente e hiciera lo que tenía que hacer. Para cuando terminó de hacerle una traqueotomía, estaba sudando, pero satisfecho porque Clive respiraba con normalidad.

Acto seguido, marcó el teléfono de emergencias y pidió un médico.

–Aguanta –le dijo a su capataz.

Le tapó con la manta de la silla de su caballo y se aseguró de que el conducto que le había abierto con la ayuda de un bolígrafo que llevaba en el bolsillo estaba cumpliendo su función.

A continuación, le quitó las botas para comprobar si se había hecho daño en las piernas. Le pareció que transcurría una eternidad hasta que oyó que se aproximaba una ambulancia.

Al ver que dos médicos, Mark Smith y Jason Olson, bajaban del vehículo y corrían hacia ellos, se sintió inmensamente aliviado.

Inmensamente sorprendido también porque, además de los dos médicos, también estaba Ali.

Ali corrió hacia Clive, se puso de rodillas junto a él y miró a John.

–El doctor Lundstrum no estaba –le explicó–. Oí la llamada de emergencia por la radio y decidí venir.

Mientras tanto, los médicos examinaban la traqueotomía de urgencia que John había practicado y se disponían a trasladar al herido.

Ali se dio cuenta, mientras John hablaba con los médicos y les informaba de las lesiones que había detectado, que estaba angustiado y tenía miedo.

–¿Sabes que, probablemente, le has salvado la vida? –le dijo mientras los médicos cargaban a Clive en una camilla–. Si quieres, ve con ellos –lo animó–. Ya me hago cargo yo de tu caballo.

John negó con la cabeza y le pidió que fuera ella en la ambulancia.

Ali se moría de ganas por preguntarle cómo había sabido actuar como lo había hecho, pero las preguntas iban a tener que esperar.

–Por favor, no te separes de él –le pidió John.

–Me quedaré con él hasta que tú llegues al hospital. No te preocupes, John. Clive es un hombre muy fuerte y se va a poner bien, ya lo verás.

Efectivamente, los médicos de urgencias del hospital de Bozeman informaron a Ali de que Clive se iba a recuperar tras pasar por quirófano.

Ali suspiró aliviada y deseó con todas sus fuerzas que John llegara cuanto antes para poder darle la buena noticia.

Sin embargo, pasaron varias horas y John no aparecía, así que Ali decidió preguntar en recepción.

–¿Ha venido por aquí un vaquero alto y guapo preguntando por Clive Johnson?

–No –contestó la enfermera–, pero ha llamado un señor preguntando por el señor Johnson. Dijo que era su jefe.

–¿Le ha dicho si venía para acá?

–No, sólo me ha dado las gracias cuando le he dicho que todo iba bien.

Ali asintió y volvió a su sitio.

–Ali, nosotros vamos a volver a Sundown –le dijo Mark Smith–. ¿Te vienes con nosotros?

–Sí, pero me voy a pasar a ver a Clive un momento –contestó Ali.

Clive estaba agotado, pero, al percibir que alguien había entrado en su habitación, abrió los ojos.

–Soy un vaquero viejo –murmuró.

Ali se acercó a él y sonrió.

–Eres un vaquero muy fuerte –le dijo apretándole la mano–. Estarás en casa muy pronto.

–J.T –murmuró el capataz.

–No creo que tarde en llegar –contestó Ali.

El hombre negó con la cabeza.

–Jamás… jamás vendrá a un… hospital.

Ali miró al capataz confusa y se preguntó por qué un hombre que, evidentemente, sabía cómo actuar en una emergencia médica no iría jamás a un hospital.

Entonces, lo comprendió todo. John era un veterano de guerra, uno de tantos soldados que habían vuelto a casa aterrorizados.

Ali se preguntó si habría estado en un hospital militar. De repente, comprendió que tenía que hablar con él.

–Aunque no venga, sabes que se preocupa por ti –se despidió de Clive.

El capataz asintió.

–Es… un buen chico.

Sí, Ali sabía qué John era un buen chico, sabía que era un buen hombre, un buen hombre que necesitaba a una buena mujer que le hiciera comprender y creer.

Capítulo Once

Cuando Ali llegó a Sundown, había oscurecido, pero se duchó y se dirigió a casa de John.

Al llegar, comprobó que la casa estaba a oscuras.

–John, ¿estás en casa? –preguntó desde la puerta.

Al no obtener contestación, abrió la puerta y entró, encendió la luz del vestíbulo.

De pronto le pareció oír algo en el dormitorio de John.

–¿John?

Nada.

A pesar de que no le había contestado, Ali supo que estaba en su dormitorio y fue hacia allí.

–No entres.

Su voz la sorprendió, pero no la asustó.

–¿Estás bien? –dijo Ali entrando.

–Te he dicho que no entres.

–¿Estás bien? –insistió Ali.

–Sí –mintió John.

–Sí, ya veo que estás fenomenal. ¿Se puede saber qué te pasa?

–Haz el favor de irte –le espetó John.

–No me da la gana –contestó Ali–. No me gusta hablar a oscuras. ¿Te importa que dé la luz?

–Sí, me importa.

–¿Ah, sí? ¿Sabes lo que te digo? Que me da exactamente igual. Lo que no me da igual es que tu capataz esté solo en el hospital. Le habría hecho mucho bien que fueras a verlo.

–Clive sabe por qué no voy.

–Me alegro mucho de que lo sepa, pero yo no tengo ni idea y me gustaría que me lo contaras.

Silencio.

Ali encendió la luz.

Cuando lo vio en la cama, creyó que se le rompía el corazón.

No tenía ante sí a un hombre enfadado sino a un hombre

destrozado y la mirada vacía y torturada que vio en sus ojos antes de que John se colocara de lado hizo que se le saltaran las lágrimas.

–Oh, cariño –se lamentó corriendo a su lado.

Aunque John intentó zafarse de su abrazo, Ali insistió. Se tumbó a su lado y lo abrazó en silencio.

Así estuvieron un rato, compartiendo calor y fuerza.

Con su cercanía, Ali quería que John supiera que, pasara lo que pasara, podía contar con ella.

Sabía que tenía que ser él quien comenzara a hablar, así que esperó en silencio hasta que, cuando creía que no había conseguido nada, John se giró hacia ella y la abrazó con tanta fuerza que a Ali se le saltaron las lágrimas, pues comprendió cuánto la necesitaba.

–No pasa nada –murmuró–. Déjame que te ayude –añadió desabrochándole la camisa.

Siguió desnudándolo con extremada lentitud y cariño y ella también se desnudó.

A continuación, le dijo con las manos lo mucho que lo amaba, y le demostró sin palabras que lo era todo para ella.

John se dejó amar hasta que el placer fue tan intenso que se sorprendió gritando el nombre de Ali.

Para entonces, la tensión había desaparecido y John tomó a Ali entre sus brazos y, gracias a Dios, comenzó a hablar.

John nunca le había contado a nadie lo que había sucedido en Afganistán, ni a los psicólogos del ejército ni a sus compañeros ni a sus amigos.

No había querido que nadie conociera aquel horror y, sin embargo, se lo estaba contando a Ali.

Todo.

La dantesca situación que se producía cuando llegaban los heridos del frente, los habitantes de los poblados que se veían atrapados entre dos fuegos y que saltaban por los aires al pisar las minas antipersona, los muertos y los moribundos, los niños aterrorizados de ojos vacíos y vientres hinchados por el hambre.

John siguió hablando hasta que se quedó afónico.

No se dio cuenta de que estaba abrazando a Ali como si fuera lo único que lo mantuviera con vida, no se dio cuenta de que ella

lloraba, pero lo animaba a seguir hablando, a desahogarse por completo.

Cuando John terminó de hablar, cuando terminó de contarle aquellas escenas espantosas, los recuerdos y las pesadillas, incluso la vergüenza que le daba no poder olvidar todo aquello y seguir con su vida normal, se dio cuenta de que se había quitado un gran peso encima.

–Así que volviste a Sundown para curarte –comentó Ali–. Yo, también. ¿Quién sabe? A lo mejor, lo que los dos necesitábamos era conocernos.

John la miró a los ojos y le apartó el pelo de la cara.

–Sí, ¿quién sabe?

–Sabes que, a partir de ahora, no tienes por qué pasar por todo eso tú solo, ¿verdad? Por favor, dime que no me vas a apartar de tu vida y, sobre todo, no me digas que lo vas a hacer por mi bien porque yo lo que quiero es estar a tu lado y ayudarte a enfrentarte a esos fantasmas.

John la miró a los ojos y Ali se sorprendió ante los sentimientos que vio reflejados en sus profundidades.

A continuación, él le hizo el amor lentamente, diciéndole con besos y caricias que era la persona más importante de su vida, dejando entrever que estaba completamente consumido por su amor.

–Te quiero –le dijo abrazándola.

–Ya lo sé –contestó Ali acurrucándose entre sus brazos y durmiéndose.

Epílogo

El mes de octubre en Sundown significaba el inicio del otoño, del frío y de las heladas. Sin embargo, el frío no estaba presente en la fiesta de celebración de la boda de John y Ali en el Dusk to Dawn.

–Te voy a decir una cosa, J. T., todavía no me lo puedo creer –le dijo Cutter dándole una palmada en el hombro–. Verte casado me hace muy feliz.

–Lleva repitiendo la misma cantinela desde que nos anunciasteis que os casabais –intervino Peg–. Yo también me alegro mucho por ti –añadió con lágrimas en los ojos–. En cuanto a ti –dijo girándose hacia Ali–, no dejaré jamás de repetirte que yo ya te había dicho que John era perfecto para ti. ¿A que sí?

Ali se rió y abrazó a su amiga con cariño.

–Sí, es cierto que me lo dijiste, por lo menos, mil veces.

–Bueno, chicas, que os vais a poner a llorar de un momento a otro –bromeó John abrazando a Ali–. ¿Quieres que bailemos?

–¿Quién? ¿Yo? ¿Pero todavía no te has dado cuenta de que tengo dos pies izquierdos?

–Sí, lo sé perfectamente, pero cualquier excusa es buena para tenerte entre mis brazos –contestó John conduciéndola a la pista de baile.

Allí, para deleite de todos los presentes, la tomó entre sus brazos con delicadeza y se dejaron llevar al son de la música.

–¿Qué tal? –le preguntó a la mujer que ya era su esposa.

–Muy bien –contestó Ali besándolo.

Aquello hizo que los invitados estallaran en pitos y aplausos.

–Te quiero, señora Tyler.

–Yo también te quiero. Y mis padres y mis hermanos.

–Aun así, supongo que se habrán llevado una buena sorpresa.

–¿Por qué? ¿Porque me haya casado con un vaquero?

–Porque te hayas casado con un vaquero y porque te hayas aprovechado, debido a la diferencia de edad, de mi ingenuidad para

llevarme al altar.

–Ah, sí, claro, eso. Bueno, para que lo sepas, tengo pensado aprovecharme de tu ingenuidad y de tu juventud esta noche, así que no te canses mucho bailando.

Aquello hizo reír a John.

–A sus órdenes, mi generala.

–Soy la mujer más feliz de la tierra –le aseguró Ali volviéndolo a besar.

–¿Me dejas bailar con la novia? –preguntó alguien a sus espaldas.

Ali se giró y encontró frente a ella a Brett McDonald.

–Vete por ahí, McDonald –bromeó John–. Búscate a una mujer, que esta es mía.

–Hola, Mac –lo saludó Ali–. Gracias por venir.

–Gracias a vosotros por invitarme. Lo cierto es que yo no me quería perder esto por nada del mundo porque no todos los días se casa un soltero empedernido –sonrió Brett–. En cualquier caso, Ali, te quería decir que, si alguna vez te arrepientes de estar con él y buscas a otro hombre, acuérdate de mí.

–Muchas gracias por el ofrecimiento, pero lo cierto es que no creo que jamás me canse de este vaquero –contestó Ali sinceramente–. John es todo lo que quiero en la vida.

Y así era. Aunque había creído que jamás se volvería a enamorar y aunque jamás olvidaría a David, aquel hombre que tenía ante sí era ahora su gran amor.

–¿En qué estás pensando? –le preguntó John.

–En lo afortunada que soy y en que te voy a tener que dejar.

John la miró sorprendido y aquello la hizo reír.

–Sí, me voy a ir con él –contestó Ali señalando a Clive, que estaba sentado en una silla de ruedas.

Mable Clemmons había acudido a ver si necesitaba algo y parecía que el viejo capataz no estaba muy contento.

–Ya te entiendo –comentó John–. Desde luego, necesita que alguien acuda a rescatarlo y, si hay alguna mujer sobre la faz de la tierra capaz de salvar a un hombre perdido, esa eres tú –añadió besándole las manos.

–Te quiero –dijo Ali con el corazón henchido de amor.

–Espero que me quieras toda la vida –contestó John.